

# SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE  
VICTORIA OCAMPO

AGOSTO DE 1935

AÑO V

BUENOS AIRES

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAÑO

AÑO V

AGOSTO DE 1933

BUENOS AIRES

# S U M A R I O

A L D O U S H U X L E Y

*NATURALEZA Y LIMITE DE LA  
INFLUENCIA DE LOS ESCRITORES*

V I C T O R I A O C A M P O

*LA MUJER Y SU EXPRESION*

E D U A R D O M A L L E A

*MOMENTUM VITÆ*

S A L V A D O R D E M A D A R I A G A

*ALBERDI PRECURSOR*

N O T A S

*Jorge Luis Borges: "El Delator" — Gervasio Guillot Muñoz:*

*René Crevel — Charles Baudouin: El punto de vista*

*de C. G. Jung y la "Realidad del Alma" —*

*Juan José Castro: Arturo*

*Toscanini*

SUMARIO

ALFONSO HUYLEY

NATURALEZA Y LIMITE DE LA  
CIVILIZACION DE LOS ESPANOLAS

VICTORIA OCAMERO

LA MUJER EN ESPAÑA

EDUARDO MALLA

AMBIENTE Y VIDA

SAVADOR DE MADARIAGA

LIBRO DE PRACTICAS

NOTAS

Jose Luis Borges "El Jardín de los Senderos que se bifurcan"  
Paul Covel - Charles Darwin "El origen de las especies"  
de C. O. Jung y B. "Psicología del Alma"  
Jose Luis Borges "Historia Universal de la Literatura"  
Tercera Edición

## NATURALEZA Y LIMITE DE LA INFLUENCIA DE LOS ESCRITORES (\*)

Con el fin de aclarar nuestros debates, he procurado arrojar alguna luz sobre un tema muy oscuro pero al mismo tiempo muy importante para nosotros, los escritores: las relaciones que existen entre el escritor y sus lectores.

¿Cuál es la naturaleza del influjo que un escritor puede ejercer sobre sus lectores? ¿Cuáles son los límites de tal influjo? ¿Y de qué manera contribuyen las circunstancias a aumentarlo o disminuirlo? Trataré de responder a estas preguntas.

Desgraciadamente, el tema es demasiado vasto para ser tratado en su totalidad en una exposición como ésta. Así, pues, sólo hablaré de pasada de una rama muy importante de la literatura: la literatura de las ciencias naturales. El

---

(\*) Discurso pronunciado en el Congreso Internacional de Escritores y destinado luego especialmente por el autor para ser publicado en SUR.

conocimiento de las ciencias particulares y, principalmente, la actitud científica en todos los dominios son elementos esenciales en nuestra cultura. Una de las mayores desgracias de nuestra época es que en todos los estados, y especialmente en los totalitarios, el pensamiento científico sólo se respeta cuando se ocupa, o bien de problemas de orden puramente técnico, o de problemas de orden general que no tienen ninguna relación inmediata con los asuntos humanos. Cuando se trata de las grandes cuestiones sociales y políticas, a la ciencia le está rigurosamente prohibido entrometerse. La posición actual es ésta: fuera del dominio de lo no humano, la ciencia no es más que servidora de los intereses y de las pasiones. La función que se asigna a los sabios es encontrar medios para alcanzar fines imaginados por locos más o menos criminales.

Sobre el problema de las ciencias y de su literatura, habría aún mucho que decir; pero falta tiempo y debo ocuparme de mi tema principal: la literatura, sin más. Para los fines de este análisis, dividiré la literatura en dos grandes clases: primero, la literatura propagandista, cuyo objeto es modificar las creencias políticas y sociales de sus lectores; y luego la literatura imaginativa, que, si produce su efecto, modifica el pensamiento, los sentimientos, la conducta del lector en cuanto individuo que persigue sus fines privados. Toda clasificación es más o menos arbitraria. La que acabo de hacer

no es una excepción a la regla. Los individuos no dejan de perseguir sus propios fines cuando persiguen fines políticos y sociales, y, a la inversa, no dejan de perseguir fines políticos y sociales cuando persiguen sus propios fines. Siempre que tengamos en cuenta esto, podremos emplear nuestra clasificación con provecho y sin riesgo de engañarnos.

Empezaré por los propagandistas, es decir, por los escritores que tratan de inducir a sus lectores a adoptar ciertas actitudes políticas y sociales o a emprender un género especial de actividad. Millares de hombres y mujeres, en todos los países, se pasan la vida acusando, instruyendo, implorando a sus semejantes. ¿Con qué resultados? Muchas veces resulta bastante difícil decirlo. Claro que los propagandistas, aunque se apoyen en los recursos de un Estado, trabajan en gran parte a oscuras. Los escritores de propaganda no saben de antemano en qué medida lograrán influir sobre sus lectores; tampoco saben cuáles son los mejores medios de influir sobre ellos, ni qué duración tendrá su influencia. No hay, en suma, una ciencia de la propaganda.

Este hecho puede parecer tanto más sorprendente cuanto que existe algo que se aproxima bastante a una ciencia de la publicidad comercial. Pero examinando la cuestión de cerca, vemos que los problemas que interesan a los agentes de publicidad difieren fundamentalmente de los que se presentan

a los políticos y a los moralistas. La publicidad se ocupa de asuntos que, o no tienen ninguna importancia, o la tienen extrema y capital para el individuo. Si necesito jabón, por ejemplo, me importa muy poco comprar el jabón que fabrica X o el que fabrica Y. En ese caso, puedo dejarme influir por cualquier publicidad con tal que esté bien hecha. Pero si estoy enfermo, me importa mucho curarme. Cuando veo un anuncio que me promete la salud, estoy, por así decirlo, obligado por mi propia enfermedad a soportar su influencia.

Los propagandistas políticos y sociales tienen una tarea muy distinta. Su misión es persuadir a las gentes a que acepten ideas que (aunque muchos lectores no les encuentren ningún interés), no son, por una parte, indiferentes, ni, por otra, de utilidad inmediata para el individuo que sufre. Además el número de cualidades psicológicas desconocidas y variables que implica la elección de tal o cual creencia política es mucho mayor que en la elección entre distintas clases de jabones y de comprimidos. No tiene nada de raro que el arte de la propaganda comercial haya sobrepasado a tal punto en su desarrollo al arte de la propaganda política y social.

He dicho que los propagandistas políticos realizan la mayor parte de su labor a oscuras, sin saber qué clase de efecto producirán sobre sus lectores. Los propagandistas mismos

rara vez admiten este hecho. Insisten sobre su propia importancia, y entre los historiadores y teorizadores políticos hay una tendencia general a apoyar sus pretensiones. Lo cual no tiene nada de particular, puesto que, como los historiadores mismos son escritores, se sienten naturalmente inclinados a exagerar la importancia de su propia profesión. La mayoría de los trabajos históricos consagran innumerables páginas al análisis de las teorías políticas, y se nos asegura, explícita o implícitamente, que la propagación de estas doctrinas en las obras de los hombres de letras ha tenido un efecto más o menos decisivo sobre el curso de la historia. Me parece que los hechos no justifican esta manifestación de la vanidad literaria.

Empecemos por considerar la influencia de la prensa periódica. La gente de letras ha hecho una propaganda tan incesante en favor de su propia importancia, que los hombres de acción han acabado por dar crédito a sus reiteradas afirmaciones. Los ricos y los políticos creen, con fe enternecedora, que si pueden dominar la prensa, dominarán así la opinión pública. En los países democráticos, compran diarios con la esperanza de que sabrán persuadir a los electores a hacer lo que ellos desearían que hiciesen. Pero en realidad, como lo prueba la historia inglesa reciente, sus fracasos no son menos frecuentes que sus éxitos. Así es como los éxitos

del partido liberal antes de la guerra y del partido laborista después, se obtuvieron a pesar de la oposición de una prensa que, en aplastante mayoría, era netamente conservadora. Haciendo un sencillo cálculo aritmético podemos comprobar que millones de ingleses leen regularmente diarios conservadores y votan regularmente por los radicales o laboristas. Es evidente, pues, que la propaganda escrita es menos eficaz que los hábitos y los prejuicios, las solidaridades de clase y los intereses profesionales del lector.

La propaganda se halla también en gran medida a merced de las circunstancias. A veces las circunstancias la combaten; a veces luchan en su favor. Así, durante las elecciones inglesas de 1931, hechas inmediatamente después de la caída de la libra, las circunstancias combatieron en favor de la mayoría de los propagandistas de la prensa.

La propaganda hecha por los maestros máximos del estilo está tan a merced de las circunstancias como la de los peores periodistas. Voltaire ejerció un influjo muy considerable sobre sus contemporáneos de Francia y del extranjero; pero tal influjo fué posible en virtud de que, gracias a una combinación particular de circunstancias históricas, las clases instruídas estaban dispuestas a acoger sus ataques contra la religión organizada y contra las instituciones políticas agotadas. Aun antes de su muerte, por lo demás, había perdido gran

parte de su influencia. En Luciano tenemos un escritor de talento casi tan grande como el de Voltaire y que abordó la cuestión religiosa con la misma ironía corrosiva. Sin embargo, su influencia sobre sus contemporáneos fué prácticamente nula. Las gentes del siglo II estaban ocupadas en convertirse al cristianismo y a otras varias religiones venidas de Oriente. La ironía de Luciano caía en oídos sordos a todo lo que no fuese prédica, mágica y metafísica teológica. Nos vemos obligados a concluir que la propaganda sólo es eficaz sobre aquellos que ya están parcial o totalmente convencidos de su verdad. Consideremos un ejemplo moderno. Después de la guerra, dos obras de propaganda, bien escritas y serias, han figurado entre los mayores éxitos de venta. Me refiero al libro de Remarque, *Sin novedad en el frente*, y al *Esquema de la Historia*, de H. G. Wells. En Europa y en América, millones de personas han leído la denuncia alemana de la guerra y el alegato inglés en favor del internacionalismo. ¿Con qué resultado? Una vez más, es bastante difícil decirlo. Lo único de que podemos estar seguros es que en Europa y en América los sentimientos nacionalistas no se han expresado jamás con tanta violencia como hoy y los gastos de armamento jamás han sido tan altos.

Una vez más, las circunstancias han tenido mayor éxito que los propagandistas conscientes en la tarea de modelar los

espíritus. La influencia de Wells y de Remarque, que fué sin duda considerable cuando aparecieron sus libros, no sobrevivió a la prosperidad de ante-guerra. Con la crisis, el nacionalismo económico se intensificó en todas partes. Al mismo tiempo, la desesperación empujó a millones de hombres, muchos de los cuales no habían conocido la guerra, a buscar consuelo en la religión nacionalista. Aquí podemos preguntarnos, entre paréntesis, por qué no se volvieron hacia el cristianismo. Creo que la razón es ésta. Gracias a los progresos de las ciencias naturales, las religiones trascendentes se han vuelto intelectualmente inaceptables. Pero el complejo de sentimientos por cuya causa el hombre ha buscado las religiones persiste y se expresa siempre. Hoy debe expresarse en forma nueva. La superstición contemporánea es positiva, porque los hombres modernos sólo consienten en adorar dioses concretos y visibles. Las naciones y los dictadores lo son, y con exceso. Dadas estas circunstancias, la intensificación del nacionalismo fué probablemente un fenómeno natural e inevitable. Al mismo tiempo, claro está, los gobiernos utilizaron deliberadamente el fervor nacionalista y lo fomentaron atendiendo a sus propios fines. Agréguese a estas causas la tendencia del hombre a complacerse en los cambios periódicos de las modas intelectuales y afectivas, y se comprenderá por qué las conversiones debidas a la prédica de Wells y de Re-

marque fueron, en general, tan superficiales y tan efímeras.

Aun cuando tales conversiones hubieran sido más hondas y durables, la situación actual no sería quizá muy distinta de lo que es, suponiendo siempre que los dueños del mundo actual no experimentarían la conversión al mismo tiempo. Se podría sostener que el libro verdaderamente influyente no es el que convierte a diez millones de lectores cualesquiera, sino más bien el que tiene influencia decisiva sobre los pocos hombres que en un momento dado lograron adueñarse del poder. Marx y Sorel han actuado sobre el mundo moderno, no porque fuesen éxitos en librería (Sorel, sobre todo, era un autor poco leído), sino porque, entre sus no numerosos lectores, figuraron Lenin y Mussolini. Podría ocurrir que el futuro jefe de un gran país tuviera pasión por Wells. Entonces el *Esquema de la Historia* llegaría a ser un libro muy influyente. Hoy no lo es, a pesar de su vasta difusión.

La propaganda social y política, como he dicho, sólo es plenamente eficaz sobre aquellos a quienes las circunstancias han convencido parcial o totalmente de su verdad. En otras palabras: sólo es eficaz cuando es racionalización de los deseos, sentimientos e intereses de aquellos a quienes se dirige. Una teología o una teoría política pueden definirse como un medio intelectual de poner a la gente en condiciones de hacer a sangre fría cosas que de otro modo haría únicamente con el

calor de la pasión. Las circunstancias, externas o puramente psicológicas, producen en ciertas personas un estado, por ejemplo, de descontento, que puede hallar salida fortuita en actividades violentas, pero intermitentes y sin dirección. Llega entonces el escritor con una teología o una teoría política cuyas fórmulas pueden racionalizar esos vagos sentimientos. Tal racionalización transforma explosiones pasionales esporádicas en una actividad orientada y continua. La teoría racionalizadora puede ser totalmente absurda desde el punto de vista científico — el racismo alemán es un buen ejemplo de teoría absurda —, pero lo absurdo de una teoría no tiene ninguna importancia mientras los hombres la creen verdadera. Una vez aceptada la teoría, los adeptos trabajarán de acuerdo con sus prescripciones, aun en una época de tranquilidad emocional. Además, la teoría les hará ejecutar muchas veces a sangre fría actos que hubieran tenido escrúpulos de ejecutar hasta en estados de excitación pasional.

He dicho que la eficacia de la propaganda dependía de circunstancias externas e internas. Las circunstancias exteriores pueden cambiar catastróficamente, como por ejemplo durante una guerra, o gradualmente, como cuando se modifican los medios de producción. Pero las circunstancias internas pueden cambiar como las otras, y cambiar además independientemente de las circunstancias exteriores y de

acuerdo con un ritmo autónomo. El curso de la Historia sigue una curva ondulada, y en gran parte sus ondulaciones son resultado de la tendencia que tienen los seres humanos a alejarse después de cierto tiempo, de sus hábitos dominantes de pensar y de sentir para orientarse hacia otros hábitos. Lo que complica mucho este proceso es que las sociedades modernas son heterogéneas y comprenden numerosos grupos cuyos hábitos de pensar y de sentir divergen. Aquí debo dejar de lado esas complicaciones y hablar únicamente de ejemplos bastante gruesos de ondulaciones psicológicas. Veremos así que el ardor de todos los movimientos religiosos y políticos violentamente activos cede lugar a cierta indiferencia después de un período que puede variar entre diez y treinta años. Cuando los movimientos tienen menos violencia, las ondulaciones son más lentas. Los ingleses de las clases cultas necesitaron unos cuarenta o cincuenta años para apartarse del escepticismo de comienzos del siglo XVIII. Después de algunas fluctuaciones menores, se inauguró hacia mediados del siglo XIX un nuevo período de escepticismo. Le siguió, a fines del mismo siglo, una nueva reacción hacia la fe, pero una fe que, por obra de las ciencias naturales, adoptaba formas pseudo-religiosas, la más importante de las cuales fué el nacionalismo. A comienzos del siglo XX, Kipling fué el equivalente del cardenal Neyman en el siglo XIX y de Wesley en

el XVIII. El error de todos los propagandistas fué suponer que el movimiento psicológico que observan en la sociedad que les rodea está destinado a seguir siempre en la misma dirección. En una época de escepticismo, los propagandistas escepticos anuncian triunfalmente que la superstición ha muerto y que la razón quedará victoriosa para siempre. En una época de reacción religiosa, los propagandistas cristianos o nacionalistas anuncian con igual satisfacción e igual certidumbre que el escepticismo ha quedado destruído de una vez por todas. En realidad ambos se equivocan.

Hasta aquí he tratado de los escritores que quieren hacer adoptar ideas o actitudes políticas. Debemos considerar ahora los medios de que disponen los escritores para ejercer influencia sobre los lectores en cuanto individuos. La influencia de los escritores en el dominio de la conducta individual es probablemente más importante aún que en el dominio de la política. Definir tal influjo, asignarle límites exactos, son sin embargo tareas muy difíciles. Se ha dicho que el arte es, en cierto modo, el perdón de los pecados. En las grandes obras de arte, percibimos las personas, las cosas, las situaciones más claramente que en la vida y como si, de alguna manera misteriosa, fuesen más reales que las realidades mismas. Pero esta percepción más clara es al mismo tiempo menos personal y menos egoísta. Los escritores que permiten a sus

lectores ver en esa forma intensa, pero impersonal, ejercen un influjo que, aunque mal definible, es, con toda seguridad, profundo y saludable.

Las obras de la literatura imaginativa tienen otros efectos más fácilmente reconocibles. Por una especie de sugestión, modifican hasta el carácter de sus lectores. En su estudio del bovarismo, Jules de Gaultier ha dicho que una de las fallas esenciales del espíritu humano es la facultad otorgada al hombre de concebirse distinto de lo que es. Hasta cierto punto, todos vivimos con nombre falso y con carácter tomado a préstamo. Esta *persona*, como la llama Jung, se forma, en gran parte, por imitación. A veces se imita a seres humanos vivos; a veces, a personajes novelescos o históricos. Se puede imitar a Jesucristo o a las heroínas de monsieur Marcel Prévost, se puede imitar a Rastignac o a Adolf Hitler. El papel que desempeñan los libros en la creación de modelos inimitables es evidentemente enorme. El curso ondulante de la historia hace que los modelos imitados con mayor frecuencia en un período sean menos populares en otro. A comienzos del siglo XVIII, ¿qué inglés, qué francés hubiera deseado imitar esos monstruos del honor que figuraban en la literatura de una época anterior y que servían efectivamente de modelos a muchas personas de las clases cultas? Y en la misma época,

¿quién hubiera soñado desempeñar los papeles sentimentales que iban a ponerse tan de moda después de 1760?

En general, los bovaristas eligen papeles que pueden representar con relativa facilidad. Evidentemente, es muy difícil representar el papel de santo. Por eso el Nuevo Testamento, aunque más difundido en Europa y durante mayor tiempo que ningún otro libro, ha tenido relativamente pocos imitadores convincentes de su protagonista. Los hombres han preferido siempre desempeñar los papeles que les justifican para satisfacer sus apetitos o su voluntad de poderío. Como en tiempos de Paolo y Francesca, los héroes predilectos son todavía personajes como el Lanzarote de la novela de caballerías: gran guerrero y gran amante.

*Quando leggemmo il disiato riso  
esser baciato da cotanto amante,  
questi, che mai da me non fia diviso,  
la bocca mi baciò tutto tremante.  
Galeotto fu il libro e chi lo scrisse.  
Quel giorno più non vi leggemmo avante.*

Dante nos da un excelente ejemplo de bovarismo erótico en acción.

Ciertos personajes prolongan su seducción aun después de largos períodos y a través de fluctuaciones considerables en los hábitos del pensar y del sentir. El Julien Sorel de

Stendhal, por ejemplo, vive todavía en Francia, y después de más de tres siglos, la vitalidad de Hamlet es todavía tan grande que los nazis han creído necesario disuadir de que se representara la obra, por temor de que haga olvidar a los jóvenes alemanes el papel "heroico" que deben representar hoy.

Sucede a veces que los escritores que no tienen influencia sobre sus contemporáneos, empiezan a ejercerla después de muertos, cuando las circunstancias son más propicias. El misticismo sexual de William Blake sólo comenzó a influir a principios del siglo XX. Blake, muerto en 1827, fué, en cierto sentido, contemporáneo de D. H. Lawrence. Ejerció, con Lawrence, una influencia considerable sobre mucha gente en la Inglaterra de post-guerra. Por lo demás, es de dudar que a Blake o a Lawrence les hubiera agradado la clase de influjo que ejercían. En muchos casos, la expresión de su misticismo sexual fué empleada por sus lectores únicamente para justificar el máximo de placeres sexuales con el mínimo de responsabilidad. Una de las ironías del destino del escritor es que nunca está seguro del género de influencia que ejercerá sobre sus lectores. Los libros de Lawrence sirvieron, como hemos visto, para justificar la facilidad sexual, razón por la cual los nazis los prohibieron, al adueñarse del poder, como mera pornografía: *Schmutzliteratur*. Parece que ahora los nazis han cambiado de parecer sobre Lawrence y que sus obras

se aceptan hoy en Alemania como justificación de la violencia, del antiintelectualismo, de la adoración de las razas.

Lawrence, sin duda, tuvo la intención de apartar a sus lectores del intelectualismo y emocionalismo conscientes en provecho de lo que él llama los Dioses sombríos del instinto. Pero podemos decir con seguridad que no quería formar nazis. Lo mismo se puede observar a propósito de Bergson. Su filosofía sirve indirectamente para justificar la persecución de los judíos en Alemania. Los libros llevan a los hombres a adoptar un carácter que no les corresponde del todo; pero el personaje que adoptan puede ser totalmente distinto del personaje imaginado por el escritor.

Los lectores toman caracteres de los libros para utilizarlos en la vida real, pero se proyectan también a sí mismos en los libros y viven en sus páginas una vida de compensación imaginaria. Una de las grandes funciones de toda literatura popular, del teatro, y hoy del cine, ha consistido en proporcionar a la gente satisfacciones de sus ansias, excitantes y narcóticos. Semejante literatura tiende a hacer aceptar las realidades más desagradables. Hoy el cine es un opio del pueblo mucho más eficaz que la religión.

Hasta aquí he hablado de la influencia de la literatura en una sociedad relativamente libre y parcialmente democrática. Pero antes de concluir debo decir algunas palabras so-

bre la influencia de los escritores en estados totalitarios en que la libertad de expresión no existe. El objeto de los gobiernos de esos países consiste en producir, por medio de una propaganda apropiada, una población cuyos miembros todos piensen de la misma manera. Puede ponerse en duda el éxito que a la larga obtenga tal empresa. La completa homogeneidad psicológica se encuentra en los pueblos primitivos. Pero las condiciones de tal homogeneidad son, primero, que la población sea muy reducida; luego que viva en aislamiento geográfico o reducida al carácter exclusivo de la religión local; por último, que su sistema de producción carezca, más o menos totalmente, de especialización. En una sociedad de algunos centenares o millares de personas, es evidentemente muy fácil obtener una completa homogeneidad. Los contactos numerosos y diversos que, en nuestras sociedades, hacen resaltar las particularidades individuales, no existen en estas comunidades. Los dictadores europeos podrán desear cuanto quieran que sus pueblos se vuelvan tan homogéneos como una tribu de melanesios, imponerles un conformismo tan completo como el que existe entre los indígenas de Australia. Pero al final las circunstancias resultarán más fuertes que ellos. Con la mejor voluntad del mundo, el dictador no puede aislarse de todo contacto con el mundo exterior. A la larga, fracasará.

Pero, entre tanto, sus esfuerzos por triunfar pondrán en peligro la existencia misma de la cultura.

La pregunta a que debemos tratar de responder es ésta: ¿los escritores ejercen mayor influencia en estados totalitarios que en otros países? Mi opinión es que el factor decisivo en la propaganda totalitaria no es lo que se escribe, sino lo que no se escribe. La opinión pública se impresiona menos por los discursos, los libros, los artículos de los propagandistas oficiales que por el silencio completo que envuelve a clases enteras de hechos y de ideas. Un exceso de propaganda positiva puede llevar al fracaso de su propio objeto, provocando el disgusto y la exasperación en aquellos a quienes se dirige.

*París, julio de 1935.*

*ALDOUS HUXLEY*

## LA MUJER Y SU EXPRESION (\*)

Lo primero en que pienso al hablaros, lo principal, es que vuestra voz y la nuestra están venciendo a mi gran enemigo el Atlántico. Que ya lo han vencido. Cada palabra oída simultáneamente en las dos orillas nos exorciza de la distancia. Y contra la distancia he vivido en perenne rebeldía. Por más que renazca después de cada palabra pronunciada, por más que inunde todos los pequeños silencios, por más que surja apenas nuestro soplo no puede prolongarse, sabemos ahora que nuestro grito la traspasa. Sabemos que nuestra voz la mata. Y es para mí una felicidad matarla entre nosotros.

He visto siempre en el Atlántico un símbolo de la distancia. Me ha separado siempre de seres y cosas queridas. Si no era Europa, era América lo que echaba de menos.

Cuando a mi regreso de los Estados Unidos atravesé el canal de Panamá y entré por primera vez en el Pacífico, di

---

(\*) Conferencia radiotelefónica al público de España y de la Argentina.

gracias al cielo de no haber tenido que sufrir este océano, junto al cual el Atlántico es un Mediterráneo. Y sin embargo comprendo que lo que se interpone entre mí y ese sufrimiento no es el inmenso biombo de los Andes, sino el que trato de no pensar en su existencia. Pues el Pacífico me separa también de países por los cuales sentiría nostalgia si me dejara llevar. No se puede gustar verdaderamente un pedazo de la tierra sin sentir que pertenece a la tierra entera. Y me gusta la tierra entera. Por eso los océanos, en cuanto símbolos de la distancia y de la separación, son enemigos míos. Interrumpen a la tierra. Quizá algún día hagamos de ellos hermosos caminos rápidos y seguros. Mientras tanto, hay que navegarlos gota a gota.

Pero pasemos directamente a aquello de que quería hablaros: la necesidad de expresión en la mujer. Tratemos, pues, de olvidar un poco esta alegría de vencer la distancia. Tratemos de olvidar que la victoria lograda sobre la distancia está transformando al mundo; idea que bastaría por sí sola para distraerme de todo lo demás durante la media hora de que dispongo. Convenzámonos de que esta misteriosa victoria momentánea no debe conmovernos ni sorprendernos. Tomemos las cosas extraordinarias con naturalidad, como en los sueños. ¿No he soñado acaso una vez, sin asombro, que vivía en una casa rodeada de un jardín mitad bañado en la luz de

la mañana y mitad en la del crepúsculo? Mi voz recorre hoy este jardín de sueños. Mientras que los nuestros están despojados, halla entre vosotros hojas en los árboles, y mientras suena en nuestros cuartos cerrados por el frío, entra en los vuestros con todos los ruidos del verano. Esta idea me encanta, me arrastra tras sí, a pesar mío, como el zumbido de las abejas o el canto de las cigarras en los calores de enero cuando, niña, estaba yo en clase. La persigo, a pesar mío, con tremendo deseo de escaparme de mi tema, de hacerle la rabona — como decimos aquí —, de hacer novillos — como dicen allí.

Pero seamos razonables, ya que no hay manera de no serlo.

El año pasado asistí, por casualidad, a la conversación telefónica, entre Buenos Aires y Berlín, de un hombre de negocios. Hablaba a su mujer para hacerle unos encargos. Empezó así: “No me interrumpas”. Ella obedeció tan bien, y él tomó tan en serio su monólogo, que los tres minutos reglamentarios trascurrieron sin que la pobre mujer tuviera ocasión de emitir un sonido. Y como mi hombre de negocios era tacaño, en eso paró la conversación.

Pues bien, yo que he sido invitada a venir a hablaros y que se me paga por hacerlo, quisiera decirlos: “Interrumpidme. Este monólogo no me hace feliz. Es a vosotros a quienes

quiero hablar y no a mí misma. Os quiero sentir presentes. ¿Y cómo podría yo saber que estáis presentes, que me escucháis, si no me interrumpís?''.

Me temo que este sentimiento sea muy femenino. Si el monólogo no basta a la felicidad de las mujeres, parece haber bastado desde hace siglos a la de los hombres.

Creo que, desde hace siglos, toda conversación entre el hombre y la mujer, apenas entran en cierto terreno, empieza por un: "no me interrumpas" de parte del hombre. Hasta ahora el monólogo parece haber sido la manera predilecta de expresión adoptada por él. (La conversación entre hombres no es sino una forma dialogada de este monólogo).

Se diría que el hombre no siente, o siente muy débilmente, la necesidad de intercambio que es la conversación con ese otro ser semejante y sin embargo distinto a él: la mujer. Que en el mejor de los casos no tiene ninguna afición a las interrupciones. Y que en el peor las prohíbe. Por lo tanto, el hombre se contenta con hablarse a sí mismo y poco le importa que lo oigan. En cuanto a oír él, es cosa que apenas le preocupa.

Durante siglos, habiéndose dado cuenta cabal de que la razón del más fuerte es siempre la mejor (por más que no debiera serlo), la mujer se ha resignado a repetir, por lo común, migajas del monólogo masculino disimulando a veces en-

tre ellas algo de su cosecha. Pero a pesar de sus cualidades de perro fiel que busca refugio a los pies del amo que la castiga, ha acabado por encontrar cansadora e inútil la faena.

Luchando contra estas cualidades que el hombre ha interpretado a menudo como signos de una naturaleza inferior a la suya, o que ha respetado porque ayudaban a hacer de la mujer una estatua que se coloca en su nicho para que se quede ahí “sage comme une image”; luchando, digo, contra esa inclinación que la lleva a ofrecerse en holocausto, se ha atrevido a decirse con firmeza desconocida hasta ahora: “El monólogo del hombre no me alivia ni de mis sentimientos, ni de mis pensamientos. ¿Por qué resignarme a repetirlo? Tengo otra cosa que expresar. Otros sentimientos, otros dolores han destrozado mi vida, otras alegrías la han iluminado desde hace siglos”.

La mujer, de acuerdo con sus medios, su talento, su vocación, en muchos dominios, en muchos países — y aun en los que le eran más hostiles — trata hoy, cada vez más, de expresarse y lo logra cada vez mejor. No se puede pensar en la ciencia francesa actual sin pronunciar el nombre de Marie Curie; en la literatura inglesa sin que surja el de Virginia Woolf; en la de América latina sin pensar en Gabriela Mistral. En cuanto a vosotros, para no hablar sino de ella, os envidiamos a María de Maeztu, mujer admirable que ha he-

cho por la juventud femenina española, gracias a su auténtico genio educador, lo que yo quisiera verla hacer por la nuestra.

Por cierto, estoy convencida de que la mujer se expresa también, de que se ha expresado ya maravillosamente, fuera del terreno de la ciencia y de las artes. Que esta expresión ha enriquecido, en todos los tiempos, la existencia, y que ha sido tan importante en la historia de la humanidad como la expresión del hombre, aunque de una calidad secreta y sutil menos llamativa, como es menos llamativo el plumaje de la faisana que el del faisán.

La más completa expresión de la mujer, el niño, es una obra que exige, en las que tienen consciencia de ello, infinitamente más precauciones, escrúpulos, atención sostenida, rectificaciones delicadas, respeto inteligente y puro amor que el que exige la creación de un poema inmortal. Pues no se trata sólo de llevar nueve meses y de dar a la luz seres sanos de cuerpo, sino de darlos a luz espiritualmente. Es decir, no sólo de vivir junto a ellos, con ellos, sino ante ellos. Creo más que todo en la fuerza del ejemplo. No hay otra manera de predicar a los grandes ni a los pequeños. No hay otra manera de convencerles. Si falla, es que no había remedio.

El niño, pues, por su sola presencia, ha exigido de la mujer consciente que se expresara, y que se expresara del modo más difícil: viviendo, viviendo ante él.

La importancia capital de la primera infancia es uno de los puntos sobre los cuales la ciencia moderna ha insistido más, últimamente. Casi podría decirse que la acaba de descubrir y es en este momento preciso de su vida que el niño está en manos de la mujer exclusivamente. La mujer es, pues, quien deja su marca indeleble y decisiva sobre esta cera blanda; es quien, consciente o inconscientemente, la modela, y la resistencia del hombre a reconocer que la mujer es un ser tan perfectamente responsable como lo es él mismo, resulta absurda y graciosa cuando se advierte la tamaña contradicción que encierra: la de haber dejado, desde hace siglos (por ignorancia sin duda), pesar sobre un ser irresponsable la mayor responsabilidad de todas: la de moldear a la humanidad entera en el momento en que es moldeable y la de dejar su sello impreso en ella.

Lo que diferencia principalmente los grandes artistas de los grandes santos (aparte de otras diferencias) es que los artistas se esfuerzan en poner la perfección en una obra que les es exterior, por consiguiente fuera de sus vidas, mientras que los santos se esfuerzan en ponerla en una obra que les es interior y que no puede, por tanto, apartarse de sus vidas. El artista trata de crear la perfección fuera de sí mismo, el santo en sí mismo.

Por eso el artista sensible a la santidad, me atrevería a

decir, corre siempre el riesgo de perder sus facultades de artista. A medida que el afán de poner perfección en su vida aumenta, la voluntad de hacerla radicar en una obra disminuye.

Quizá el niño haya hecho a menudo de la mujer un artista tentado por la santidad. Porque para esforzarse en poner perfección en esa obra que es la suya, el niño, necesita empezar por esforzarse en poner perfección en sí misma y no fuera de sí misma. Necesita tomar el camino de los santos y no el de los artistas. El niño no tolera que traten de poner en él las perfecciones que no ve en nosotros.

En este momento de la historia que nos es dado vivir, asistimos a un debilitamiento del poder de los artistas. Se diría que en el período actual el mundo tiene más necesidad de héroes o de santos que de estetas. Por todas partes se acentúa esa tentación de la santidad, fatal, parecería, a la perfección del objeto.

Y por eso el hombre, hoy, está acercándose a la mujer. Empieza a sentir que, en la época en que estamos, ya no le será posible crear, no la perfección (que queda fuera del alcance humano), sino en el sentido de esa perfección, a menos de encaminarse él mismo hacia ella. Empieza a sentir que toda forma de arte que no tiene las exigencias del niño está hoy en desuso.

La obra podrá, como el niño, parecerse más o menos a nuestros deseos, ir más lejos o menos lejos que nosotros, pero hará falta que sea en el mismo sentido.

Dios me libre de hablar mal del artista, cualesquiera sean sus defectos, sus vicios pasados, presentes y futuros. Cualesquiera sean sus debilidades, nos ha sido, nos es, nos será tan necesario como el héroe o el santo. También la suya es una manera de heroísmo y de santidad. Aun cuando la belleza de su obra, como ocurre a menudo, sea una belleza de orden compensador (es decir, condenada a realizarse fuera de él por no poder realizarse en él), es profundamente necesaria a la humanidad. Cualesquiera hayan sido sus miserias personales, lo que debemos a los grandes artistas es parte de lo mejor de nuestro patrimonio. Borremos los aportes de Dante, Cervantes, Shakespeare, Bach, Leonardo da Vinci, Goya, Debussy, Poe, Proust — para no citar más que los primeros nombres que se me ocurren — ¡y qué empobrecidos nos sentiríamos! Que algunos de ellos hayan sido personalmente pobres hombres a quienes se les pudiera reprochar tal o cual defecto, ¡qué importa! Nos han legado lo que tenían de extraordinario. Tal vez no hayan conocido otra alegría que la de sufrir por su obra. Su obra era para ellos la única manera de entrar en un orden.

Y esta manera de realización es la que el hombre se ha

complacido u obstinado en negar, entre otras cosas, a la mujer, pienso que injustamente! Pues hay ciertas mujeres, lo mismo que ciertos hombres, que no pueden conocer otra alegría que la de sufrir por una obra.

Una de estas mujeres, que es uno de los seres mejor dotados que conozco, novelista célebre y de estilo admirable, me decía: “No soy verdaderamente feliz sino cuando estoy sola, con un libro o ante el papel y la pluma. Al lado de este mundo tan real para mí, la otra realidad se desvanece”. Sin embargo, esta mujer, nacida en un ambiente intelectual y cuya vocación fué, desde el comienzo, singularmente clara, pasó en su juventud años atroces de tormentos e incertidumbres. Todo conspiraba para probarle que su sexo era un handicap terrible en la carrera de las letras. Todo conspiraba para aumentar en ella lo que había heredado, lo que todas heredamos: un complejo de inferioridad. Contra ese complejo debemos luchar, puesto que sería absurdo desconocer su importancia. El estado de espíritu que crea forzosamente es de los más peligrosos. Y no veo otro modo de luchar contra él que dar a las mujeres una instrucción tan sólida, tan cuidada como a los hombres y respetar la libertad de la mujer exactamente como la del hombre. No sólo en teoría, sino en la práctica. En teoría, los países más civilizados la aceptan. Y en este sentido España después de la revolución a marchado a saltos.

Por desgracia la Argentina no ha llegado todavía a tanto. La mujer, entre nosotros, no tiene, en la teoría ni en la práctica, la situación que debiera tener. Los hombres continúan diciéndole: “No me interrumpas”. Y cuando ella reivindica su derecho a la libertad, los hombres interpretan, juzgando sin duda por sí mismos y poniéndose en su lugar: libertinaje.

Por libertad, nosotras, las mujeres, entendemos responsabilidad absoluta de nuestros actos y autorealización sin trabas, lo que es muy distinto. El libertinaje no tiene ninguna necesidad de reivindicar la libertad. Puede uno entregarse a él siendo esclava.

En cuanto a la autorealización, está, en suma, íntimamente ligada a la expresión, cualquiera que sea su modo. No se llega a la expresión sino por el conocimiento perfecto de lo que se quiere expresar; o mejor dicho, la necesidad de expresión deriva siempre de ese conocimiento. Pues bien: el conocimiento que más importa a cada ser es el que atañe al problema de su autorealización.

Que esta mujer se realice cuidando enfermos, aquella enseñando el alfabeto, aquella otra trabajando en un laboratorio o escribiendo una novela de primer orden, poco importa: hay diversos modos de autorealización y los más modestos como los más eminentes tienen su sentido y su valor.

Personalmente, lo que más me interesa es la expresión

escrita y creo que las mujeres tienen ahí un dominio por conquistar y una cosecha en ciernes.

Es fácil comprobar que hasta ahora la mujer ha hablado muy poco de sí misma, directamente. Los hombres han hablado enormemente de ella, por necesidad de compensación sin duda, pero, desde luego y fatalmente, a través de sí mismos. A través de la gratitud o la decepción, a través del entusiasmo o la amargura que este ángel o este demonio dejaba en su corazón, en su carne y en su espíritu. Se les puede elogiar por muchas cosas, pero nunca por una profunda imparcialidad acerca de este tema. Hasta ahora, pues, hemos escuchado principalmente testigos de la mujer, y testigos que la ley no aceptaría, pues los calificaría de sospechosos. Testigos cuyas declaraciones son tendenciosas. La mujer misma, apenas ha pronunciado algunas palabras. Y es a la mujer a quien le toca no sólo descubrir este continente inexplorado que ella representa, sino hablar del hombre, a su vez, en calidad de testigo sospechoso.

Si lo consigue, la literatura mundial se enriquecerá incalculablemente, y no me cabe duda de que lo conseguirá.

Sé por experiencia propia, qué mal preparada está actualmente la mujer en general y la sudamericana en particular para alcanzar esta victoria. No tiene ni la instrucción, ni la libertad, ni la tradición necesarias. Y me pregunto cuál

es el genio que puede prescindir de estas tres cosas a la vez y hacer obra que valga. El milagro de una obra de arte sólo se produce cuando ha sido obscuramente preparado desde mucho tiempo atrás.

Creo que nuestra generación, y la que le sigue, y aun la que está por nacer, están destinadas a no realizar este milagro, sino a prepararlo y a volverlo inminente.

Creo que nuestro trabajo será doloroso y que se le desconocerá. Creo que debemos resignarnos a ello con humildad, pero con fe profunda en su grandeza y en su fecundidad. Nuestras pequeñas vidas individuales contarán poco, pero todas nuestras vidas reunidas pesarán de tal modo en la historia que harán variar su curso. En eso debemos pensar continuamente para no desanimarnos por los fracasos personales y para no perder de vista la importancia de nuestra misión. Nuestros sacrificios están pagando lo que ha de florecer dentro de muchos años, quizá siglos. Pues cuando hayamos adquirido definitivamente la instrucción, la libertad y un poco de tradición (aludo a la tradición literaria que casi no existe entre las mujeres; la tradición literaria del hombre no es la que puede orientarnos, y hasta a veces contribuye a ciertas deformaciones), ni aun entonces lo habremos conseguido todo. Será menester que maduremos entre estas cosas. Deberemos

familiarizarnos con ellas y dejar de considerarlas con ojos de “parvenue”.

Así, pues, lo que nuestro trabajo compra es el porvenir de las mujeres. No nos aprovechará personalmente. Pero esto no tiene por qué entristecernos. ¿Acaso puede agriar a una madre la promesa de que su hija será más hermosa que ella? Si el caso se da, es porque se puede a veces tener hijos sin sentirse madre. Excepción que confirma la regla.

Es este sentimiento de maternidad hacia la humanidad femenina futura el que debe sostenernos hoy. Tenemos que apoyarnos en la convicción de que la calidad de esa humanidad futura depende de la nuestra, que somos responsables de ella. Lo que cada una de nosotras realiza en su pequeña vida tiene inmensa importancia, inmensa fuerza cuando las vidas se suman. No hay que olvidarlo. Ninguno de nuestros actos es insignificante y nuestras actitudes mismas agregan o quitan a esta suma total que formamos y que hará inclinar la balanza.

Acabo de decir que la mujer sudamericana se encuentra en condiciones de inferioridad con respecto a la mujer que habita ciertos grandes países. Añadiré que es un poco por culpa suya. Se ha resignado hasta ahora con demasiada facilidad. Quizá esta ingenua haya temido desagradar al hombre, sin advertir que le agradaría siempre, a pesar de todo, y que se vería en serios apuros si tuviera él que prescindir de

ella. Hasta me parece probable que la mujer le agradará más cuando el hombre se habitúe a ver en ella un ser humano pensante capaz de hacerle frente y de interrumpirle si hace falta, y no un objeto más o menos querido, más o menos indispensable a su agrado y a su comodidad. Más o menos “recreo del guerrero”.

Si no ocurre así, es que hay que volver a empezar la educación del hombre y que la que le envanecía hasta hoy, no vale nada, ni cuenta ya.

No sé si lo que digo sobre mi América es todavía aplicable a España. En todo caso, debió serlo ayer, como que nuestras cualidades y nuestros defectos nos vienen principalmente de ella.

La característica de nuestro mundo actual es que las cosas repercuten de un país a otro, de un continente a otro, de manera fulminante, quiérase o no.

Vuestro compatriota Madariaga hablaba hace poco del irresistible crecimiento de la solidaridad internacional. Llama solidaridad subjetiva a la que se desarrolla en la esfera de las ideas y de los sentimientos, y objetiva a la que nace de los hechos y de los intereses creados, y atribuye la crisis mundial al retraso de la primera con respecto a la segunda.

Esta condena a una solidaridad objetiva y, debemos deseárselo, subjetiva, se desenmascara y aparece abiertamente en

el planeta desde el momento en que se vence la distancia, esa distancia de que os hablaba al comienzo y que mi voz mata con alegría.

Por lo tanto, tal como los sucesos se presentan hoy, la suerte que corre la mujer en China o en Alemania, en Rusia o en los Estados Unidos, en fin, no importa en qué rincón del mundo, es cosa extremadamente grave para todas nosotras, pues sufriremos su repercusión. Así, pues, la suerte de la mujer sudamericana concierne vitalmente a la mujer española y a la de todos los otros países.

Yo quisiera que hubiese entre las mujeres de toda la tierra una solidaridad no sólo objetiva sino subjetiva. Tal aspiración puede parecer desmesurada, absurda, pero no puedo resignarme a menos.

Quisiera que la suma de nuestros esfuerzos, de nuestras vidas, el noventa y nueve por ciento de las cuales permanecerán obscuras y anónimas, hagan inclinar la balanza del lado bueno. Del lado que hará de la mujer un ser enriquecido, al que le sea posible la expresión total de su personalidad (no sólo su expresión fisiológica); del lado que hará del hombre un ser completado a quien ya no le baste el monólogo y que, de interrupción en interrupción aceptada, llegue naturalmente al diálogo.

VICTORIA OCAMPO

# M O M E N T U M    V I T Æ

El último día de noviembre, mientras caminaba por la calle en medio de una incesante multitud, me encontré de pronto solo. Las terrazas de los cafés estaban colmadas en el atardecer. Con un sacudimiento galvánico se sucedían las letras iluminadas del noticiario giratorio, en el primer piso de uno de los edificios situados en el extremo del bulevar. Había sido un verano árido, un año árido, y la ciudad parecía despoblada. Solamente en este punto, allí donde se cruzaban en su entraña las cuatro enormes bocacalles, una multitud densa se movía.

El asfalto espejeaba, las luces corrían serpeando, la noche metropolitana crecía. El perfumista Fabián Bolls anunciaba sus jabones junto al fulgor diastólico del aviso noticioso. La muerte de un canciller se anunciaba, bajo la espuma blanca del jabón. Muchos hombres huían de las tinieblas acercándose a los escaparates del bulevar. Un reloj alto marcaba,

sin números, el ángulo recto de las nueve. Me encontré solo. No tenía qué hacer ni dónde ir. Había escrito mi pequeña crónica para el diario extranjero, y podía echarla a un buzón o llevársela a la señora Bromfield, en la agencia local, del diario. Miré a los hombres que había en la acera, bajo el toldo del café Royal. Estaba solo. Había trabajado poco los últimos tres meses; me sentía irritable, e innecesario, y vacío. No tenía ninguna fe en mi obra; los títulos de tres novelas podían yacer inertes en las librerías — me eran extrañas, su destino estaba lejos de mí y cerca del hombre que las comprara. Había escrito sobre seres humanos — no sabía nada de los seres humanos. ¿Sabía algo de esos hombres que bebían, hablando, en el café Royal? ¿Sabía algo del fondo secreto oculto en la muerte de aquel canciller? No sabía nada de los seres humanos. Estaba aterrorizado de haberme alejado tanto de ellos. Aterrorizado de ir a ser uno de esos escritores que habitan sonámbulos su propio delirio. Pasé junto a los leones pétreos erguidos en la fachada de un edificio. En el kiosco, los titulares de cada periódico tenían diez centímetros de altura, negros, ofensivos. Había sido un verano árido, un año árido. ¿Qué cosas iban a pasar en el mundo? Vi los ómnibus acumulados sin poder avanzar en el pavimento betuminoso. Dos semanas antes, me había despedido definitivamente de Ana, muchacha de la calle, a quien yo llamaba,

en broma, Casandra por su ilusorio tono profético, y con la que no me había acostado nunca. Podía ir a comer a un restaurante, a un hotel, a cualquier parte. No estaba atado a nada en el mundo. Miré la afluencia de gentes que bajaban con premura hacia el centro de la ciudad. El paso de las mujeres era más rápido que el de los hombres; para librar paso a los coches, se detenían apenas; había muchos ágiles y jóvenes. Los hombres eran grises — profesores, comerciantes, empleados, financieros —. Volví la cabeza y vi todavía las letras que se sucedían vertiginosamente en el noticiario, y el anuncio de los jabones del perfumista Fabián Bolls. La multitud se apostaba en dos interminables filas hacia las márgenes opuestas y laterales del Bois. Se detenía, chocaba, vacilaba, volvía a ser arrojada desde las bocacalles hacia las aceras. El sístole y diástole de los peatones decían: la vida es una oscura danza — la vida es una oscura danza —

Subí por la escalera de mármol hasta el segundo piso en la casa donde estaba la agencia del diario extranjero. Llamé y esperé a que me abrieran. En una placa de bronce estaba escrito el nombre del diario y, debajo, con letra pequeña, el nombre de la señora Bromfield, el nombre de Mrs. Luisa Bromfield. Pensé cómo la encontraría; roja y baja e inquieta, protestando por algo que no se sabía lo qué era. Llamé nuevamente. Luego toqué el picaporte; la puerta cedió y vi el

cuarto vacío con la máquina de escribir sobre la mesa y los papeles desordenados y la percha vacía. Entré, dejé el sobre sobre la mesa, colocándolo de modo que fuera bien visible. Sobre el pupitre había muchas fórmulas de la compañía de cables telegráficos con el mapamundi diseñado a dos tintas, en el mar azul, los continentes amarillos. Volví a cerrar la puerta y bajé por las escaleras. La señora Bromfield estaría comiendo, con alguien — en algún punto de la ciudad. Todo el mundo estaría comiendo con alguien en algún punto de la ciudad. Los que no comíamos con alguien en algún punto de la ciudad nos podíamos haber reunido para comer juntos en algún punto de la ciudad. Entré de nuevo en la avenida. Era tan ancha. Primero venía el asfalto, luego las anchas aceras, luego los edificios. Realmente había hecho un año árido. Yo me sentía vacío e innecesario. No era ni lo que yo quería ser, ni lo que yo creía ser, ni lo que los demás creían que yo era. Era diferente de todo eso y diferentes de mí mismo. Era algo tan incongruente que de pronto me detestaba y de pronto me conmovía ante mí mismo. Parecía hecho con todos los desórdenes que pueden mantenerse juntos sin que el ser vivo se derrumbe.

Compré a una mujer un periódico — uno de los simpáticos diarios franceses, doblados en seis — y entré a comer en un “bar”. El periódico tenía olor a tinta y las letras impresas

desteñían. Cuando esas letras se secaran del todo, ya esas noticias sensacionales serían viejas y habría otras recién escritas en tinta fresca y cuando éstas se secaran habría otras, y otras. La gente soportaba en los cuatro rincones del mundo esta lluvia de sensaciones. Muertes había, y hundimientos, y quiebras, y suicidios, y estafas, y traiciones, e insidias, y golpes de mano — para cada día. Los directores de periódico podían dormir tranquilos. Las noticias llegarían solas a la imprenta; las rotativas no cesarían en su fragor. Abrí el diario, leí los títulos de la primera página, vi los grabados. Tantas cosas mezcladas las unas a las otras. También se vendían impresas, por allí, mis dos novelas. ¿Pero qué tenía que ver yo con eso? Es como si un ser fuera a seguir a alguna parte de su cuerpo amputado. Y tampoco eran partes de un cuerpo amputadas, sino un sueño amputado — una parte morosa de uno mismo amputada. Ahora ya no podía escribir. Hacía más de dos meses que no podía escribir. Como no fueran las crónicas semanales para el periódico extranjero — sobre un libro, sobre un acontecimiento. Pero otra cosa no podía escribir. Sentía el raro llamado del mundo a todos sus hombres. Había levantado la cabeza de mis papeles — atento, de repente, a ese llamado. Era imposible seguir construyendo frases deliciosas, sentencias, juicios, palabras. No podía prolongarse el rapto del hombre que vive en la ficción, pre-

parándola y cultivándola, haciéndola materia de arte. El llamado del mundo era de otra naturaleza. Era un llamado para cada conciencia — gritado, vociferado por una voz secreta que corría por las calles. Yo ya no podía escribir; la ficción era innecesaria.

Después de comer, caminé un poco por las aceras que llevaban al bosque. La noche era oscura y el aire fresco y agradable. El reptil de las luces huía hasta perderse. La reverberación producía en el asfalto un efecto de agua. Por la avenida caminaban obreros ociosos y parejas vestidas en traje de noche e individuos solos, apresurados. En aquella ciudad vivían cuatro millones de seres. Se les sentía especiosamente dispersos, ocupados en sus quehaceres infinitivamente múltiples; pero, a veces, una sola palabra de alerta los conmovía como si se hubiera tratado de una sola alma. Esta palabra por crear un fondo de excitación y cansancio. Los hombres levantaban caras hoscas al anuncio de las alarmas. ¿Otra vez? — se preguntaban.

Y cada día parecía traer, amenazante, su “otra vez”.

Me detuve a la puerta de un cinematógrafo y leí el programa y saqué mi boleto, y entré. Luego volví al café Royal, donde había una turba bebiendo whisky.

Pero nada de eso podía distraerme. Volvía a mi casa arrasado de preocupación y de soledad, irritado de aridez. Me

tendía en la cama, con la luz prendida, con la ventana abierta. El tiempo marchaba. Fuera, estaba la humanidad — aquí dentro, tendido en la cama, un hombre, un hombre del mundo. ¿Qué cosa nos iba a juntar al fin? ¿Qué cosa podía llevarme al cauce de la humanidad con ese destino con que el fruto vuelve a la tierra? El tiempo marchaba. Al fin me desvestía, me acostaba, extinguía la luz del cuarto, entraba un rectángulo de claridad lunar. Oía los vehículos lejos, luego cerca, al lado; luego otra vez lejos.

Había sido un año árido. ¡Qué año árido en el mundo! Desazón y guerra de hombre a hombre y prevenciones y pavor y muerte. Muerte que caminaba y que esperaba, tormentosamente, su renacimiento y su salud.

**EDUARDO MALLEA**

---

Este fragmento pertenece a una obra próxima a aparecer.

# A L B E R D I P R E C U R S O R

## 6. *Libertad, democracia y paz*

Al confiar a la zona neutral del mundo el porvenir de la paz, mediante la gestión de la “soberanía moral y judicial” de la humanidad, Alberdi da por sentado que esta zona neutral es inasequible a la peste de la guerra. Así lo es por definición. Pero no se trata aquí de una disquisición nominalista entre lo que está en paz y lo que está en guerra en un momento dado, sino de la posibilidad de ir desarrollando en el mundo una zona creciente de Estados inmunes contra la peste bélica. Sin esta presuposición, toda la teoría neutralista de Alberdi — admirable en sí — se viene abajo.

¿Por qué, pues, postula Alberdi que la neutralidad, que al fin y al cabo es una abstracción, una palabra que describe un estado de ánimo sin especiales condiciones de tiempo y lugar, ha de terminar con la guerra mediante la opinión? ¿Quién le garantiza que el hoy neutral no será mañana beligerante, o, en su nomenclatura, el hoy juez, mañana *asesino*? A todas

estas preguntas, la clave está en las siguientes palabras de Alberdi:

“La neutralidad no sólo tiende a gobernar el mundo internacional, sino que penetra en el corazón de cada Estado, bajo la égida de la libertad de pensar, de opinar y de escribir”.

Para Alberdi, la libertad es la garantía del progreso moral de los pueblos, no sólo en el interior sino en el exterior. Comencemos por observar que, en este terreno, hombre de su tiempo, Alberdi se halla más influído por el optimismo liberal-democrático que nosotros, con más larga y triste experiencia que él. Sin que esto quiera decir que fuese ciego ante ciertos hechos poco estimulantes para su entusiasmo liberal. Fiel a su manera impresionista, nos confía pensamientos no siempre armonizables sin un esfuerzo de ajuste. Así, por ejemplo, afirma que “cuando una reunión se compone de gentes bien educadas, el orden se conserva sin ninguna especie de autoridad; cuando se compone de todo el mundo, la cosa es diferente”, afirmación singular para un demócrata, pero más singular todavía, si se considera que Alberdi pasa a utilizarla metafóricamente preguntándose si “la armonía entre las naciones será la misma cuando la sociedad se componga de esos seres bien educados que se llaman gobiernos monárquicos, que cuando se formen indistintamente de todo el mundo sin distinción de rango ni de educación”.

Extraño es que espíritu tan profundo y sagaz dé tamaña importancia a la forma monárquica dentro de su sistema de ideas internacionales, pero más todavía que, al referirse a los Estados Unidos como nación “rodeada de pueblos monárquicos”, parezca conceder calidad de tales al Canadá y a Méjico que aun en su época, sólo al ser más formalista podían parecer monarquías. Bien es verdad que recobra su cautela cuando posa la mirada sobre las “democracias de la América del Sud” de las que dice “no han repetido al pie de la letra el cuadro pacífico de una sociedad privada compuesta de caballeros bien educados”. Pero, pese a esta cautela, toda esta parte de la ideología alberdiana se resiente de cierta superficialidad debida a la inexperiencia de quien al hablar de democracia-liberal hablaba más de un sueño futuro que de una realidad vivida. “A medida que los pueblos se pertenezcan a sí mismos, es decir, se gobiernen por sí, serán libres, irán menos a la guerra. Ejemplos: Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, etc.”.

Alberdi no ha examinado el problema. Consta en realidad de dos partes que conviene separar si ha de quedar resuelto con claridad. Primero, ha menester dilucidar si los pueblos que se gobiernan a sí mismos saben siempre guardarse contra la tendencia de sus clases directoras a engañarles, ya con buenas, ya con malas intenciones; y después será

hora de discutir si, aun suponiendo al pueblo libre perfectamente informado, no es capaz, como tal persona humana colectiva, de hacer el mal donde debiera hacer el bien.

Ya se echa de ver la gravedad de ambos temas. El primero adquiere hoy capital importancia desde que las clases directoras pueden ejercer sobre el pueblo poderes antaño fabulosos de sugestión, por la radio-difusión y la cinematografía. Pero aun en tiempos de Alberdi, existía ya, y ya agudo, el problema capital de las democracias: — el de la prensa. “Denme un punto de apoyo, y moveré al mundo”, decía Aristóteles. “Denme el dominio de la prensa de dos naciones, y haré una guerra entre ambas”, puede hoy decir cualquier persona de fácil ingenio, audacia e imaginación. Si, gracias a dinastías de familias respetables e ilustres, los Walter de Londres, los Ochs de Nueva York, los Mitre y los Paz de Buenos Aires, cuenta la prensa mundial con media docena de órganos de opinión limpios e imparciales, ¿quién no conoce el mal que han hecho al mundo y siguen haciéndole otras “dinastías” no menos conocidas, por desgracia para todos nosotros? Alberdi conserva la razón aun así, en tanto en cuanto la supresión de la libertad de la prensa no es remedio a estos males, pero, si en lo negativo sigue certero, en lo positivo, le faltó cautela. No. No basta que un pueblo sea teóricamente libre para ponerlo al abrigo de campañas que infla-

men sus pasiones bélicas y lo lleven a cometer “el crimen de la guerra”.

Pero donde el optimismo de Alberdi habría de soportar la más ruda prueba es en el examen del segundo problema, el más importante y esencial de los dos. ¿Es que, en realidad, los pueblos libres y conscientes, son inasequibles al afán bélico, a la ambición de conquista? Permítaseme a guisa de entremés, un recuerdo personal. Estamos en casa de un gran banquero neoyorkino. Hay hasta dos docenas de personas, todas, con perspectivas diversas, dadas al cultivo de la política internacional. Unico extranjero, el que esto firma. Se discute precisamente el tema: ¿Son las democracias garantías de paz? Me permito afirmar que no, ya que todo el mundo conoce grandes democracias que se han distinguido por su expansividad territorial y económica con métodos de franca o solapada violencia. La masa de los oyentes se declara conforme. Dos convidados (es la hora del café y los habanos) intentan acosarme para hacerme declarar de qué democracia se trata. Me resisto a dar ejemplos, por razones que el lector imagina. Se insiste. Me cierro. Hasta que uno de los *neutrales* alude a la entonces guerra de Nicaragua, y a los guardamarinas que por aquellas tierras andaban matando y muriendo no se sabía por qué. Mi contrincante exclama: “Pero eso es una expedición sin importancia”. Y

yo, ya con vía libre, comento: “Me recuerda Vd. el cuento de la inglesa que al regreso de su marido tras largos años de ausencia, le presenta un niño de pocos meses, y ante la cólera de él, exclama para aplacarlo: *¡Pero si es tan chiquito!*”

No. Aquí tampoco ha ido bastante hondo, Alberdi. Los pueblos, hechos de hombres al fin, tienen los defectos de los hombres. Son vastos mares de vida en que es relativamente fácil hacer surgir potentes mareas, y aun tempestades. La libertad y la democracia no son garantías de sentido común y de paz. A lo sumo, puede decirse que representan ciertas ventajas sobre los regímenes antiliberales. Y estas ventajas, que Alberdi pudo haber alegado en beneficio de su tesis, son de dos órdenes: permiten por la libre discusión que las causas de la guerra proyectada se ventilen ante la opinión nacional, y, a favor de esta libertad, que la opinión internacional y “neutra” ejerza su bienhechora influencia sobre la nación en vísperas de extraviarse; y por otra parte, gracias a las garantías de gestión que las democracias exigen de sus gobiernos, obligan a una mayor publicidad sobre los preparativos de guerra. Tan importantes son estas dos consideraciones que no es aventurado afirmar para la Sociedad de Naciones un porvenir de eficacia proporcional al número y poder de las naciones asociadas que se gobiernen por procedimientos liberales. A medida que progresa el sistema dic-

tatorial, que siempre implica dominio oficial de la prensa y secreto de Estado, disminuye la eficacia del sistema internacional de paz.

Pero apenas queda consignada una reserva sobre el pensamiento de Alberdi, el mismo Alberdi nos obliga a nuestra vez a una contra-reserva en su favor. ¿Que no ha visto Alberdi con verdadera profundidad el problema de las relaciones entre la libertad y la paz? Veámoslo más de cerca, porque de este examen va a salir victorioso Alberdi, pero el Alberdi ibérico. El párrafo antes citado, el que ha inspirado nuestras críticas, emana de un Alberdi economista, práctico, que pretende explicar las cosas del espíritu con arreglo al egoísmo ilustrado del *homo æconomicus*. El párrafo empieza así: “El día que la contribución de sangre se vote por el pueblo que la paga, su presupuesto de efusión, es decir, la guerra, será más rara”. Aquí, como hemos visto, Alberdi se equivoca. La guerra es espíritu, y no se rige por las leyes de la economía. Pero hay otro Alberdi, el de verdad. Y ¿qué nos dice?: “La paz es una educación, como la libertad. Y las condiciones del hombre de paz son las mismas que las del hombre de libertad”. “Formad el hombre de paz, si queréis ver reinar la paz entre los hombres. La paz, como la libertad, como la autoridad, como la ley y toda institución humana, vive en el hombre y no en los textos escritos”.

## 7. *La sociedad - mundo*

Alejémonos un poco, para intentar una vista de conjunto del tema y de la solución que aporta nuestro Alberdi. La Liga Internacional le propone en suma el estudio de la guerra como crimen. Pudo haber analizado el tema jurídicamente y, como hubieran hecho la mayoría de los juristas, pudo haber salido honrosamente (?) del paso dando una forma objetiva y técnica a las tendencias y conveniencias nacionales latentes en su ser, presentando un trabajo de los que llaman “documentados” y “luminosos”, todo erizado de *perros, sin embargos y no obstantes*. Pero no. Sobre su alma generosa y sobre su imaginación integral y universal de ibero, al choque de las dos ideas *crimen-guerra*, brotan llamadas de luz intelectual que hacen surgir ante él con toda su perspectiva histórica una visión integral y definitiva.

Así cobran todo su sentido volcánico esas espléndidas expresiones sintéticas en que nos transmite instantáneamente su visión sin necesidad de desarrollos lógicos: *Pueblo-Mundo; Sociedad-Mundo; Nación Universal; soberanía moral*. (Obsérvese de pasada la resonancia ibérica entre el Pueblo-Mundo de Alberdi y el Diablo-Mundo de Espronceda). En cuanto a la espontaneidad de este brote de visión, aunque nos faltase la prueba elocuente del estilo — esas expresiones que

parecen explosiones del pensamiento nos bastaría el detalle significativo de que la solución integral, definitiva, resumida en un potente silogismo que en una docena de líneas condensa todo un ensayo, aparece escrita con mano impaciente sobre la misma cuartilla del prospecto de la Liga Internacional, que es por decirlo así el objeto material que pone en movimiento su imaginación. El proceso intuitivo está, pues, bien claro. Alberdi se adueña de la conclusión de un golpe. No va a ella. Se encuentra en ella desde el principio.

Todo el resto es ajuste entre el hoy observado y el mañana intuído; plan de transición, escala de Jacob, línea evolutiva. En la descripción de estas fases, desde la actual hasta la definitiva, Alberdi revela esa sagacidad, ese sentido común afilado por la inteligencia que le había servido para tallar en la materia prima nacional sus famosas Bases para la Constitución. / Quizá sea la parte más penetrante y original de este estudio aquella en que Alberdi señala que la Sociedad-Mundo existe ya, si bien más o menos imperfecta. Esta existencia se desprende del hecho sencillísimo de que la convivencia inter-individual sobrepasa las fronteras. Relaciones de negocios, de familia, de placer, de conocimiento científico o literario, se establecen de hombre a hombre a través <sup>de</sup> montes y mares y sin ninguna consideración para con la idea del Estado. La importancia de este hecho banal y de todos co-

nocido es enorme en Derecho Internacional. A Alberdi corresponde el mérito de haberlo apuntado en su lugar dentro del sistema de ideas que sugiere el orden internacional frente a la anarquía de la guerra.

En un estudio reciente hecho por el profesor Georges Scelle para el *New Commonwealth Institute* de Londres, señala el autor que si no nos damos cuenta más clara de lo avanzada que se halla en la realidad la evolución del Estado Internacional, es porque muchas de las funciones internacionales se ejercen por los Estados nacionales, haciendo por lo tanto figura de autoridades delegadas de un Estado Internacional hipotético. Así es en efecto. Todas las funciones que implica la aplicación del Derecho Internacional Privado dentro de cada territorio nacional, son intrínsecamente funciones de Estado Internacional, que por ausencia de la autoridad internacional, asume la autoridad nacional más próxima. Alberdi se ha dado plena cuenta de este interesante aspecto de la cuestión. “Las personas favoritas del derecho internacional son los Estados; pero como éstos se componen de hombres la persona del hombre no es extraña al derecho internacional”. “Son miembros de la humanidad, como sociedad, no solamente los Estados, sino los individuos de que los Estados se componen.”

Vemos apuntar aquí una de las características más acu-

sadamente ibéricas de Alberdi — su insistencia en el hombre individual. Tiene esta insistencia cierto carácter casi apasionado (no está lejos don Miguel de Unamuno), como se revela en el crescendo de los dos párrafos arriba copiados, el primero observación tímida de que el hombre “también” existe en derecho internacional, el segundo ya más agresivo, para llegar a este tercer párrafo donde el individuo, el *hombre* acaba por apoderarse del primer lugar: “En último análisis el hombre individual es la unidad elemental de toda asociación humana; y todo derecho, por colectivo y general que sea, se resuelve en último término en un derecho del hombre”. Página llena de interés psicológico, en la que vemos emerger el pensamiento de Alberdi, desde la fórmula objetiva y consagrada de que el derecho internacional es cosa de Estados hasta la valiente afirmación de que es cosa del individuo. Aquí surgen juntas a nuestros ojos dos facultades ibéricas — una de procedimiento, la improvisación espontánea; otra de fondo; el individualismo y el sentido de hombre.

Esta afirmación individualista lleva a Alberdi, como ha llevado a todos los ibéricos que de estas cuestiones se han ocupado, a proclamar el derecho del individuo a alzarse contra el propio Gobierno apelando a la Sociedad-Mundo. “Cuando uno o muchos individuos de un Estado son atropellados en sus derechos internacionales, es decir de miembros

de la sociedad de la humanidad, aunque sea por el gobierno de su país, ellos pueden, invocando el derecho internacional, pedir al mundo que lo haga respetar en sus personas, aunque sea contra el Gobierno de su país”. Y mientras, en páginas precedentes, pensando sin duda en los abusos a que ha dado lugar la intervención armada de Estado a Estado, aun cuando, como con frecuencia sucede, se hacen valer en su favor tópicos inspirados en el derecho internacional, se eleva contra ella, más por espíritu práctico y desengañado que en virtud de una teoría política que quizá se la hiciera simpática, aquí Alberdi afirma el derecho de intervención “del mundo”, por ejemplo, para abolir la esclavitud, y en su día para proteger a “la víctima de la tiranía de los gobiernos criminales”. En nuestra opinión, cabe ir más lejos. La evolución orgánica de la humanidad consciente y constituída para la defensa de la paz internacional no será completa hasta que se reconozca en teoría y se organice en la práctica, el derecho de la Sociedad-Mundo a intervenir siempre que en un país cualquiera se establezca una forma de gobierno que por sus caracteres intrínsecos pueda considerarse como un peligro para la paz internacional.

La afirmación del hombre como sujeto de derecho internacional es de una gran importancia. Con excesiva frecuencia se viene afirmando aun por internacionalistas avanzados,

que la estructura jurídica universal ha de ajustarse a una jerarquía de tres órdenes: Sociedades de Naciones; Naciones; Nacionales. La supeditación del nacional a esta jerarquía se observa hoy en casos como la limitación de la competencia del Tribunal de la Haya a los litigios entre Estados, aunque algún progreso se ha hecho en admitir la comunicación directa entre individuos o asociaciones y la Sociedad de las Naciones en materia de mandatos y de minorías. Pero, así como el ciudadano de un municipio es también de la nación, así es menester afirmar que el ciudadano de la nación lo es también de la Sociedad-Mundo. Alberdi ha visto esta idea con su acostumbrada acuidad. “El principio natural que ha creado cada nación es el mismo que hará nacer y formarse esa última y suprema nación compuesta de naciones que es el corolario, complemento y garantía del edificio de cada nación, como el de cada nación lo es de sus provincias, departamentos, comunas, familias y ciudades”. “Cada hombre hoy mismo tiene varias patrias que lejos de contradecirse se apoyan y sostienen. Desde luego, la provincia o localidad de su nacimiento o de su domicilio; después la Nación de que la provincia es parte integrante; después el continente en que está la nación, y por fin el mundo de que el Continente es parte”.

Como se ve, Alberdi parte del hecho de que esta Socie-

dad-Mundo existe ya. Sus pruebas preferidas proceden del sentido del individuo como sujeto de derecho internacional. Así, observa que “la relación jurídica y social de un francés respecto de un inglés”, no es “la del hombre en el estado de pura naturaleza” ya que “están ligados por un cuerpo tan numeroso de principios, de intereses, de costumbres y leyes que forman todo un código; o lo que es lo mismo, todo un orden político y social capaz de ser considerado como un cuerpo compuesto de dos cuerpos”. En este y otros pasajes, Alberdi pone buen cuidado en asentar el pie en la realidad presente, a fin de que su viaje hacia su visión sintética de la Sociedad-Mundo no sea una vana excursión a la Utopía, sino una descripción de la ruta evolutiva hacia la realidad de mañana.

### 8. *La solidaridad*

Ya hemos observado la insistencia que pone Alberdi en *palpar*, por decirlo así, el cuerpo de la sociedad internacional, existente ya. Así, se pregunta si las naciones “en que se distribuye el género humano pueden formar un solo cuerpo al través del espacio que las separa”, y responde victoriosamente que mayor que el espacio que separa a las naciones

européas es el que media entre partes distintas del Imperio ruso. Esta imagen, *cuerpo*, de una importancia capital para comprender ese sentido común inteligente que es rasgo característico del pensamiento alberdiano, reaparece en otra página admirable por la claridad de su visión intuitiva:

“Si la denominación de *cuerpo* dada a un Estado — si la palabra cuerpo social, lejos de ser una mera figura retórica, expresa la realidad de un hecho natural, según los biólogos y sociólogos modernos, no hay razón para no considerar el conjunto de las naciones como un cuerpo único, cuyos órganos son las naciones consideradas separadamente. Este cuerpo no existe ya formado, pero existe al menos la prueba de que tiende a formarse por la misma ley que ha formado cada una de las sociedades actuales que han de ser unidades constitutivas de él”.

Alberdi afirma que la evolución hacia la Sociedad-Mundo es un hecho natural, del que apunta numerosas manifestaciones en el curso de su ensayo. Inspirándose en su concepto del hombre individual como sujeto de la Sociedad-Mundo, da una curiosa y sagaz interpretación de la función consular en esta evolución creadora del cuerpo de la sociedad universal. Comparándolos con los diplomáticos, Alberdi considera a los cónsules como factores de unión entre los elementos *individuales* de las distintas naciones, mientras que aquéllos lo son

de las naciones entre sí, como entes colectivos. Admitido como consecuencia del cristianismo que “el hombre gozará de sus derechos civiles o naturales fuera como dentro de su país natal”, va creciendo una población flotante de seres expatriados; “el magistrado natural” — dice Alberdi — “de esta población flotante de cada sociedad en el mundo, es el cónsul”. Y añade, con esa visión sintética que le es peculiar, “Por sus cónsules se puede decir que cada nación tiene por límites de su acción protectriz sobre sus miembros los límites del mundo. Ellos hacen que el mundo forme una patria o sociedad de todos los hombres de la tierra”. Idea verdaderamente original y profunda, porque, si, en efecto, se sigue la trayectoria claramente marcada por Alberdi hacia la extensión de la función del cónsul, que, como él dice admirablemente, es el “maire”, el inspector, el juez de paz de la humanidad, se produce gradualmente una especie de difuminación de las fronteras.

De estos párrafos se desprende la índole concreta y exacta de la visión alberdiana. No estamos en presencia de un iluso soñador de utopías sino de un pensador estadista que ve en las formas sociológicas la profunda analogía que las une a las biológicas en cuanto a la ley evolutiva. No nos extrañará por tanto que, en más de un lugar, Alberdi intente fijar las fuerzas colectivas a base universal que predeterminan y

dirigen esta evolución de las formas sociológicas hacia la Sociedad-Mundo. De estas fuerzas, la fundamental, aparece definida con exactitud y con excelente sentido del equilibrio en el párrafo siguiente:

“Los Estados modernos, aunque independientes, forman un solo mundo por la solidaridad de los intereses que los relacionan y ligan indisolublemente”.

La solidaridad internacional tiene dos formas, una subjetiva, objetiva la otra. Tanto da decir que en la una es el hombre sujeto activo de solidaridad, que mana de su corazón como fuente espiritual creadora; mientras que en la otra, el hombre es mero objeto pasivo de solidaridad como lo son las gotas de agua que circulan en la tubería. La solidaridad subjetiva depende de una evolución de las emociones y de las ideas, favorecida por ciertos movimientos espirituales o intelectuales como el cristianismo o el humanismo, estorbada por otros, como el nacionalismo o la filosofía de Nietzsche (mejor o peor interpretada); el hombre *se siente* más o menos solidario del hombre según cae más o menos bajo la influencia de una u otra de estas formas de pensamiento o de *weltanschauung*. Pero, cualesquiera que sean los progresos o retrocesos de esta evolución de la solidaridad subjetiva, la solidaridad objetiva avanza a pasos agigantados a favor del progreso de las comunicaciones físicas y mentales; este progre-

so ha reducido las dimensiones virtuales del planeta, en cuanto al transporte físico, a las de la España del tiempo de Fernando VII, en cuanto al transporte mental, a las dimensiones de la Atenas de Pericles. Así el planeta tiende a ser un solo mercado y una sola opinión pública, gracias al progreso de la solidaridad objetiva; lo que no es todavía a causa del atraso relativo de la solidaridad subjetiva, es una sola patria.

✓ Pues bien, aunque en el ensayo de Alberdi no se analiza la solidaridad en los términos en que aquí se ha intentado, todas las observaciones y todas las ideas apuntadas figuran en uno u otro lugar de su escrito. El lector hallará buena parte de ellas en la siguiente página, típica a este respecto:

“Esta sociedad existe ya... Cada día se hace más estrecha por el poder mismo de la necesidad... A medida que el espacio desaparece bajo el poder milagroso del vapor y de la electricidad, que el bienestar de los pueblos se hace solidario por la obra de ese agente internacional que se llama el comercio que anuda, encadena y traba los intereses unos con otros mejor que lo haría toda la diplomacia del mundo, las naciones se encuentran acercadas una de otra como formando un solo país. Cada ferrocarril internacional equivale a diez alianzas; cada empréstito extranjero es una frontera suprimida

✓ Los tres cables atlánticos han suprimido y enterrado la doctrina de Monroe sin el menor protocolo. La prensa, es de-

cir, esta luz que se arrojan unas a otras las naciones, sobre todo lo que interesa a sus destinos de cada día, y sin cuyo auxilio toda nación pierde su derrotero, y deja de saber dónde está y a dónde va; la prensa, alumbrada por la libertad, es decir, por la ingerencia de los pueblos en la gestión de sus destinos, hace posible la formación de una opinión internacional y general que suple al gobierno que falta al pueblo-mundo”.

En estos párrafos se halla condensada la idea de la solidaridad objetiva en sus dos aspectos, físico y mental. Alberdi concede desde luego al comercio, toda la importancia que tiene — y quizá alguna más — en este desarrollo de la solidaridad objetiva. Los lugares en que según su costumbre vuelve constantemente sobre esta idea son demasiado numerosos para citarlos. Por ser el más sintético, valga como ejemplo el siguiente; “Dejad que las naciones dependan unas de otras para su subsistencia, comodidad y grandeza. ¿Por qué medio? Por el de una libertad completa dejada al comercio a cambio de sus productos y ventajas respectivas. La paz internacional de ese modo será para ellas, el pan, el vestido, el bienestar, el alimento y el aire de cada día”. No es sin embargo este punto aquel en que nuestro autor se muestre más original; imbuído quizá con exceso del optimismo de los librecambistas militantes ingleses (cita a Cobden entre

“la falange de los obreros indirectos del derecho internacional”, con “Alberico Gentile, Grocio y Cía.”, Cristóbal Colón, Vasco da Gama, de Lesseps...), no pasa en este terreno de repetir sin aclarar ni profundizar la teoría muy discutible del librecurso a secas como elemento de paz internacional.

Se explica que un ciudadano de la República Argentina, nación que tanto se retrasó en su desarrollo económico por el régimen de muralla de China que hasta principios del siglo XIX — en realidad, hasta el fin de su dominio metropolitano — mantuvo España en sus colonias, sintiera por las teorías librecursoistas el entusiasmo de Alberdi. Por otra parte, en Cobden, el librecurso toma un aire entusiasta y generoso muy del agrado sin duda del entusiasta y generoso Alberdi. Pero en esto de las relaciones comerciales óptimas para las colectividades nacionales y su conjunto mundial, es menester hilar más delgado. Ninguna teoría *exclusivamente* económica puede ser verdad, y si Alberdi hubiera recordado tanto su iberismo como su cristianismo, le hubiera venido a la imaginación aquello de que “no sólo de pan vive el hombre”. Cuando nos dice que más pueden los intereses que las ideas, toma a la vez una actitud poco alberdiana, es decir, poco ibérica, y desacertada, porque el hecho es que pueden más las ideas que los intereses, hasta el punto de que los mismos “in-

tereses” no son sino las ideas que nos hacemos de nuestros intereses.

El librecambio es a la protección lo que la guerra en campo libre es a la guerra de trincheras. La verdadera organización comercial de la Sociedad-Mundo no puede estar basada en el *viva quien venza* que es el fondo de la doctrina librecambista, sino en un sentido orgánico cooperativo y superior. No deja de verlo Alberdi, y en una página ya parcialmente citada más arriba, intenta dictar la ley vital del organismo formado por las naciones como “la separación de sus partes para trabajos o funciones especiales y la dependencia mutua para el cambio recíproco de productos”. Aquí desarrolla Alberdi esta teoría optimista y Benthamista de la división del trabajo entre las naciones por medio del librecambio. Pero no parece darse cuenta de que al contentarse así con las “armonías naturales” de la economía, deja entrar en su ciudadela mental al enemigo, a la guerra que con tanto empeño ha expulsado hasta ahora, porque el resorte maestro de la teoría inglesa del librecambio es la libre competencia, es decir, la determinación automática de la especialización nacional por medio de la guerra comercial entre productores rivales en mercado libre.

Pero de la guerra comercial no puede salir la paz política.

### 9. *El camino*

En una de las pocas páginas en que elevándose por sobre sus múltiples y sucesivas intuiciones, procura abarcar una vista de conjunto, Alberdi resume los factores de la evolución universal hacia la Sociedad-Mundo y los pasos que habrá de dar en el campo de las instituciones y de las costumbres internacionales. No deja de padecer, aun esta página sintética, de su típico desorden y de su tendencia a la improvisación, y así no todas sus ideas, expuestas al azar de su afloramiento a la superficie del pensamiento, figuran en la enumeración sistemática que de ellas intenta hacer, ni las que recoge figuran en un orden rigurosamente lógico. Con todo, esta página es de gran utilidad para darse cuenta del conjunto de su modo de pensar. “Dejad” — dice — “que trabajen en el sentido de una organización internacional del género humano los siguientes elementos conducentes a esa organización espontánea”:

Su enumeración comprende en primer lugar al cristianismo “si no como dogma, al menos como doctrina moral”. Tiene no obstante especial cuidado en consignar que el cristianismo ha de predicarse sin armas. Era ya aquella la época del misionero armado, y el hecho no se escapa a la perspicacia de nuestro idealista pero realista autor. Viene después

el comercio. Alberdi ve en el comercio los siguientes caracteres de utilidad directa para la evolución internacional:

a) El comercio es maestro de solidaridad. “El comercio ha hecho sentir a los pueblos antes de que se den cuenta de ello, que la unión de todos ellos multiplica el poder y la importancia de cada uno por el número de sus contactos internacionales”;

b) Es “el principal creador del derecho internacional, como constructor incomparable de la unidad y mancomunidad del género humano”;

c) Es un gran estímulo a las comunicaciones postales y telegráficas;

d) Abre entre Estado y Estado conductos de comunicación de modo que “tras él, se precipitan las expediciones de la ciencia, las misiones de la religión, las grandes emigraciones de los pueblos y las masas de visitantes que por placer, por curiosidad y para educarse se envían unas a otras las naciones modernas”.

Figura en tercer lugar la ciencia, cuyo examen como agente internacionalizador aparece confusamente expresado a propósito del comercio, no se ve muy exactamente si como causa o como efecto de él, y no desde luego con el relieve que era de esperar, dada la inmensa importancia del pensamiento científico como única forma verdadera y absolutamente universal

de la vida humana. Otro tanto cabe decir, *mutatis mutandis* de la cultura en general, que no es objeto de toda la atención que era de suponer por parte de Alberdi.

Ocupa el cuarto lugar en su enumeración la libertad. A su debido tiempo hemos intentado analizar las ideas de Alberdi sobre la relación entre la libertad y el progreso internacional. Aquí parece darle la máxima eficacia entre todos los factores que enumera: “Pero ninguna fuerza trabaja con igual eficacia en el sentido de esa labor de unificación como la libertad de los pueblos, es decir, la participación de los pueblos en la gestión y gobierno de sus propios destinos”.

No deja de mencionar Alberdi, por paradójico que parezca, entre los factores que militan contra la guerra a la guerra misma: “Con sus inventos la guerra se suicida en cierto modo porque agrava su crimen y confirma su monstruosidad”. Pensamiento que ha consolado ya a muchos pacifistas antes de la invención más espantosa y amenazadora de todas, que es la aviación militar con sus armas auxiliares química, incendiaria y bacteriológica, y que seguirá sin duda consolándolos después de que por la estupidez humana se hayan visto reducidas a humeantes cenizas las joyas de civilización que adornan hoy el mapa de Europa.

Tampoco olvida nuestro autor entre los elementos que

laboran por la paz internacional el desarrollo de la neutralidad, que ha sido objeto en estas líneas de estudio especial.

En cuanto a los pasos que la evolución habrá de dar, Alberdi señala primero “la formación de grandes unidades continentales que serán como las secciones del poder central del mundo”. Añade “que es natural cuando menos que esas grandes uniones continentales o seccionales precedan en su formación a la constitución de un poder humano central como ha precedido la unidad de cada nación a la del todo universal...”. Aquí tampoco parece haber hilado bastante fino nuestro precursor. Que algunos trozos de continente, como la Europa centro-occidental, en algunas situaciones históricas, puedan presentárenos en primera aproximación como bases naturales de unión o federación, no ofrece duda; pero el hecho no justifica la impulsiva generalización de Alberdi a todos los continentes en una evolución uniforme y segura.

La idea de que hayan de preceder las uniones continentales a la universal, más que “natural” como Alberdi la proclama, es lógica y teórica, y por lo tanto, expuesta a fracasar en la siempre imprevista “naturaleza”. Así, en este caso, hemos visto crearse la Sociedad de Naciones, sueño, casi utopía para Alberdi, al menos en su forma institucional, antes de que cuajase otra agrupación continental que la Unión Panamericana. Por otra parte, no parece haber meditado Alber-

di en la posibilidad de que se intentase utilizar la organización continental precisamente para estorbar la organización universal y como un sistema imperialista más o menos hábilmente adaptado a la ideología moderna. Y por último, cabe preguntarse si el concepto de continente no procede de una visión en exceso física y artificial, derivada de la contemplación de los mapas. Los mares unen a los pueblos más que los continentes. El propio Alberdi señala la importante función unificadora del mar, pero sólo desde un punto de vista universal y casi abstracto: “El mar, que representa los dos tercios de nuestro planeta, es el terreno común del género humano”. Y si bien en este sentido general es el mar, sin duda alguna, una especie de *solvente* de nacionalismos, y un terreno nato de la futura nación universal, los mares reducidos y más o menos cerrados, son a su vez, centros de vecindad, dotados de mucho más poder de unión que los continentes. El Mediterráneo y el Atlántico hacen inevitablemente europeos al Norte de Africa y a toda la América oriental y a su vez hacen al sur y al oeste de Europa norteafricanos y oesteamericanos. Por todas estas razones, es la idea de la agrupación continental cosa que ha de tratarse con gran sentido del matiz y cierta cautela cuando de la evolución universal se razone.

Esta idea le sirve, no obstante, a Alberdi de apoyatura para introducir en su descripción evolutiva la de “los congre-

sos continentales, como los que se han reunido en Europa y en América a principios de este siglo”. Alude sin duda al de Viena, y al que Bolívar convocó en Panamá. Alberdi apunta que, si bien de un congreso de este tipo, a la instalación de un poder común hay mucha distancia, “ningún poder central existe en Europa o en América de carácter nacional, que no haya comenzado y sido precedido de congregaciones de representantes u órganos de diversas regiones, tendentes a buscar y encontrar un centro de unión permanente”. Gran cautela, esta de referirse a poderes centrales *existentes*, ya que los pasados habían sido casi todos debidos a situaciones de hecho creadas por la fuerza. Para un argentino, cuya memoria resonaría todavía con la elocuencia de las primeras Juntas patrias, es lógica la argumentación, aunque si mal no recuerdo, la Junta del 25 de Mayo, nacida en Buenos Aires y de Buenos Aires, se dislocó y perdió a su admirable Secretario Moreno, cuando “los representantes de diversas regiones” intentaron hacer valer su derecho a formar parte de ella. Pero aquí también es posible que Alberdi haya olvidado precisamente ese elemento natural que tanto maneja, y usualmente con tanto acierto. En el origen de los poderes centrales existentes cuando él escribía, había dos cosas: esas “congregaciones de representantes u órganos de diversas regiones” a que alude, y también una tradición intelectual y emotiva de unidad que

al intentar constituirse, no se creaba, sino que tan sólo se manifestaba.

Alberdi, en efecto, considera aquí el naciente organismo representativo como signo suficiente de la aparición de la conciencia colectiva o de grupo. A tal punto que da esta función a los cuerpos diplomáticos residentes en cualquiera de las "Cortes" europeas. Esta idea, algo optimista y más sencilla de lo que suelen ser las de Alberdi, le lleva a expresar la profecía siguiente: "El día que los miembros soberanos de esos cuerpos internacionales recibieran dobles credenciales, para la corte de su residencia común y para unos con otros respectivamente, esas cooperaciones podrían asumir, según las circunstancias, el rango de *Cortes de Justicia Internacional*, llamadas a fallar en nombre del interés o del derecho interpretado por la mayoría de las naciones, los conflictos parciales que amenazan la tranquilidad de todas ellas o los respetos debidos al derecho que a todas ellas protege".

He aquí, pues, esbozada de antemano, desde 1869, la idea que ha inspirado las famosas comisiones de conciliación, que bajo los auspicios ya de la Unión Panamericana, ya de ciertos tratados de conciliación, se han constituido y han funcionado repetidas veces con varia fortuna. Alberdi, pese a su tendencia sistematizadora, no llega a soñar en lo que había de acontecer mucho antes de lo que en su época pudo haberse espera-

do: en la constitución permanente de un Congreso Internacional con su consejo y su asamblea y su secretaría general. Ya veremos que en este terreno sus ideas fueron menos osadas en la forma, aunque ilimitadas en su generosa tendencia hacia la organización universal.

### 10. *El estado - mundo*

Adoptemos ahora el rápido y sintético lenguaje de Alberdi, para preguntarnos cómo veía él al "Estado-Mundo" (expresión que, por curioso que parezca, no utilizó), es decir, al órgano ejecutivo de su Pueblo-Mundo, reunido y asociado en Sociedad-Mundo. Hay no pocos pasajes en su ensayo que permiten suponer que para Alberdi la sociedad-mundo no era tan sólo una opinión pública, sino también una autoridad al menos judicial, sino ejecutiva. Pero en este terreno, aunque no fuera más que por riqueza de ideas, forzoso es confesar que se nos revela tan confuso como en el, muy conexo por cierto, de las sanciones. ¿Colectividad de opinión pública y de conciencia en que las soberanías nacionales no reconocen otro límite que el de la ley moral? ¿Sociedad regida por un Tribunal de Justicia Internacional? ¿Federación de naciones

que recoge de cada una de ellas lo más granado de su soberanía? En el ensayo de Alberdi hay para todos los gustos.

A veces manifiesta opiniones impregnadas de pesimismo, como cuando declara que el abolir la guerra es utopía o alega que, “como no se divisa el día en que los soberanos consientan en ser súbditos de un poder universal, el único medio de escapar a esa justicia extraña que se confunde con el crimen, es no pleitear jamás”. Otras, atenúa este pesimismo augurando que, al disminuir con el ejercicio de la libertad la “fuerza” de los soberanos, éstos “no harán que lo que es fuerte sea justo; y cuando se hagan culpables del crimen de la guerra, la justicia del mundo los juzgará como al común de los criminales”. En este lugar está bien claro que lo que Alberdi considera como castigo es la repulsa de la opinión. “La sentencia en sí misma, es el más alto y tremendo castigo”. Volvemos a hallar en esta aristocrática afirmación, la tendencia anarquista y optimista de nuestro ibero, que, naturalmente, hemos de ver reflejada también en sus opiniones sobre la organización internacional. Pero hay otros lugares de sus escritos en que, si bien más respetuoso de la soberanía nacional de lo que hubiera podido imaginársele, estima posible y deseable la institución de un poder internacional. Sirva de ejemplo el siguiente: “Esta dependencia mutua y recíproca, por el noble vínculo de los intereses que deja intacta la soberanía

de cada una, no solamente aleja la guerra, porque es destructora para todos, sino que también hace de todas las naciones una especie de nación universal, unificando y consolidando sus intereses, y facilita por este medio la institución de un poder internacional, destinado a reemplazar el triste recurso de la defensa propia en el juicio y decisión de los conflictos internacionales...”.

Es, como se ve, difícil tarea la de armonizar las diversas y dispersas opiniones de Alberdi sobre la relación entre la soberanía nacional y la soberanía-mundo (como él pudo haber dicho). ¿Qué pensar, por ejemplo, del trozo siguiente?: “La gran faz de la democracia moderna es la democracia internacional; el advenimiento del mundo al gobierno del mundo; la soberanía del *pueblo-mundo* como garantía de la soberanía nacional. Si ese rey de los reyes, si ese soberano de los soberanos, no ejerce todavía su soberanía, no por eso deja de tenerla y de ser esa soberanía la suprema y más alta de las soberanías de la tierra. Si el hecho de que no la ejerce hoy por un poder organizado fuese razón para negar que el mundo es soberano de los soberanos, no habría hoy mismo soberanía alguna nacional admisible, porque en ninguna nación existe hasta aquí, sino nominalmente, lo que se llama soberanía del pueblo”.

Ya se echa de ver cuán difícil es la interpretación de este

trozo. Empieza por adoptar sin discusión, y como artículo de dogma, la tesis integral y simplista de la soberanía del pueblo, es decir la soberanía de la masa inorganizada o del número; en esto, es hombre de su tiempo, y no hay por qué reprocharle que no haya visto lo que aun hoy, después de tan abundante experiencia, se niegan a ver los beatos de la democracia. Pero, además, ¿a qué soberanía se refiere? ¿Es tan sólo a una soberanía moral, que implicaría una constitución meramente ética y anarquista del mundo? Así parece desprenderse de otros pasajes de su ensayo, en donde vemos aflorar esa tendencia ácrata y optimista de los españoles del mediterráneo, tan distintos en esto, de los pesimistas autoritarios de la Meseta Castellana. He aquí uno de estos pasajes, en donde se complace en augurar Arcadias: “Es más verosímil que cada nación acabe por gobernarse en sus negocios propios, como se gobierna el *pueblo-mundo*, es decir, sin autoridades comunes, que no el que la humanidad llegue a constituirse una autoridad universal, a imagen de la de cada nación”.

Y, sin embargo, en otros lugares de su obra, aparece repetidamente la idea de que, cuajada la sociedad universal como un hecho espontáneo y natural, ella misma dará de sí sus propias autoridades. Así: “En la esfera de *pueblo-mundo*, como ha sucedido en la de cada Estado individual, la autori-

dad empezará a existir como opinión, como juicio, como fallo, antes de existir como coacción y poder material”. Y aun más claro: “El día que las naciones formen una especie de sociedad, se verá producirse, por ese hecho mismo y en virtud de la misma ley que ha hecho nacer la autoridad en cada Estado, una autoridad más o menos universal, encargada de formular y aplicar la ley natural que preside al desarrollo de esa asociación de Estados”.

Es evidente que Alberdi piensa en alta voz, como suele decirse; que va elaborando su pensamiento, apuntando las ideas que se le van ocurriendo, a título, por decirlo así, provisional. Véase un ejemplo elocuente: Alberdi dice más de una vez, que la Sociedad-Mundo será *multíplice*: nos habla de crear “la unión de las Naciones en un vasto cuerpo social de tantas cabezas como Estados, gobernado por un pensamiento, por una opinión, por un juez universal común”; y, sin embargo, en un momento de pesimismo, augura la solución hegemónica: “lo natural será que la nación que se señale por la superioridad de su civilización y la juiciosidad y rectitud de su conducta, en cada época dada de la vida del mundo, reciba tácitamente la delegación que las otras naciones le defieran, para ejercer en ellas una especie de judicatura inamovible relativamente; o, como la del jurado, para la decisión de un caso dado”. Lo cual no le impide declarar rotundamente:

“Toda aspiración de *hegemonía* es contraria a la civilización política del mundo y sólo sirve para mantener el reinado de la guerra, que es barbarie primitiva en la manera de aplicar la justicia entre las naciones”.

\* \* \*

Todo ello no obstante, es posible resumir en sus grandes líneas el pensamiento de Alberdi sobre el Estado-Mundo. Para él, la Sociedad mundo es esencialmente una opinión pública consciente. Como consecuencia de esta opinión pública, Alberdi imagina un estrechamiento gradual de las relaciones jurídicas y consuetudinarias entre los pueblos, favorecido por factores espirituales (cristianismo), políticos (liberalismo), económicos (comercio) y técnicos (comunicaciones); y, como consecuencia, a su vez, de este estrechamiento, la aparición gradual de órganos colectivos encargados, sobre todo, de aplicar la sanción moral contra el agresor. Alberdi define ya el agresor con la sencillez sanchopancesca a que hoy, tras larguísimas disquisiciones, se ha llegado: “Así como la presencia del malhechor en casa ajena es una presunción de su crimen en lo civil, así todo Estado que invade a otro debe ser presumido criminal, y tenido como tal, sin ser oído por el mundo, hasta que desocupe el país ajeno”. Hecho lo cual, recuerda la fuerza que hoy (su hoy!), tiene la opinión pública, gra-

cias a los agentes de transmisión del pensamiento, observación que le lleva a esta admirable sentencia: “Formado el rayo, falta saber sobre qué cabeza debe caer”.

Fiel al carácter ante todo espiritual de su modo de ser, Alberdi mantiene, pues, hasta el último momento la índole moral del castigo. Por eso, elevándose por encima de las contradicciones de detalle, se anticipa a su siglo en un sinnúmero de ideas esenciales al progreso internacional, sobre las cuales cae casi siempre del lado ibérico, es decir, al lado de sus gloriosos antecesores de Salamanca. (Ejemplo notorio, es su valiente examen de la objeción de conciencia). Su mirada de cóndor se clava certera en el hombre individual, en el que ve la fuente única y el objeto de todo derecho, pero también la base de todo progreso moral. Y así talla, más que escribe, en granito de Iberia, estas palabras inmortales: “A medida que el hombre se desenvuelve y se hace más capaz de generalización, se apercibe de que su patria completa y definitiva, digna de él, es la tierra en toda su redondez y que en los dominios del hombre definitivo, jamás se pone el sol”.

## 11. Alberdi en la evolución histórica

Y ahora, miremos al propio Alberdi, al precursor. ¿Qué papel hace en la evolución de las ideas hacia su Sociedad-Mundo? ¿Fué sembrador en vastas tierras, en llanuras de opinión humana tan extensas como las de su Pampa natal? ¿Ha pensado sobre los hechos o las ideas; ha determinado la corriente histórica de un modo apreciable y proporcionado a sus dotes intrínsecas?

Bajemos la cabeza humillados. No. El mundo no conoce a Alberdi, precursor de la paz. Pese a la edición inglesa de su obra, el mundo atribuye la Sociedad de Naciones a Wilson, a Lord Cecil, a Smuts, hasta a Bourgeois; y le busca sus antepasados, precisamente, en los que cita Alberdi: en St. Pierre, Kant, Sully, hasta en Grocio y en Alberico Gentile. Hoy se descubre a Vitoria. Los jurisconsultos modernos, Politis, Scelle, Lapradelle, Brown Scott, Nys, (para no mencionar a los españoles), ponen de relieve la labor genial del gran dominico salmantino. Ya sobre la pista, todos los canonistas y algunos juristas de la gran época española recobran gradualmente su prístino esplendor, y así van saliendo de la penumbra de sus venerables claustros, a la luz de la opinión universal no ya Suárez, sino Vázquez Menchaca, Fox Morcillo, Domingo de Soto... Pero, ¿y Alberdi?

Y, sin embargo, las dotes intrínsecas del gran argentino son maravillosas. Tiene la intuición genial, especie de visión X que, penetrando a través de las envolturas desentraña y saca a luz el esqueleto de las cuestiones; posee la mirada escudriñadora que todo lo analiza y descubre; pasa con infalible seguridad por todos los problemas de la vida colectiva, que la guerra, directa o indirectamente, sugiere; y le anima ese *quid divinum* de los espíritus generosos, que, precediendo a las operaciones lógicas, le lleva a tener razón antes de haber razonado. Alberdi es un gran espíritu.

Pero, además, es un gran escritor. Demos de lado sus descuidos, sus repeticiones innecesarias, sus galicismos (*biologistas, sociologistas*), y hasta a veces cierta flojedad gramatical (hay dos maneras de salirse de la gramática, hacia arriba, por fuerza ascensional excesiva, o hacia abajo, por flojedad). Siempre queda que Alberdi es un maravilloso escritor, no porque se aplique a manejar el castellano como experto artífice — para lo cual le sobra entusiasmo y le falta paciencia —, sino en cuanto la lava de su pensamiento volcánico se plasma espontáneamente en formas de admirable relieve y vigor. Ya se han citado algunas en el curso de este estudio. A nadie le extrañará que, si la pasión es la que le da el fuego para que la materia plástica se funda y caiga en el molde, Alberdi obtenga sus más logrados efectos de estilo al comentar

los acontecimientos de la historia argentina, que le vibraban en el alma. Así, hablando del caudillismo, toda esta página que es imposible cortar, como no se corta un cuadro de Goya:

“El fierro de la espada excede en fecundidad al del arado, en este sentido que, no sólo da honor y plata, sino que da el gobierno. Por la regla de que ser libre es tener parte en el gobierno, los generales buscan el gobierno nada más que por el noble anhelo de ser libres. Pero este modo de ser libres no tiene más que un inconveniente, y es que es incompatible con la libertad del adversario. Es la libertad del partido que gobierna, fundada en la opresión del partido que obedece; o, por mejor decir, es la guerra en disponibilidad que sólo espera la ocasión para tomar el mando de la situación. El gobierno de un partido, no es un gobierno entero; es la mitad de un gobierno, que representa la mitad del país. Cada uno de sus actos es la mitad de un acto, es decir, la mitad de una ley, la mitad de un decreto, la mitad de una sentencia, y toda su autoridad no es más que una mitad de la autoridad verdadera, que sólo merece un medio respeto y una media obediencia, porque sólo expresa la mitad del derecho y la mitad de la justicia”. Aquí se oye vibrar el alma del patriota ardiente, agitada por hechos concretos que le tocan de cerca, pero también en plena abstracción, sabe Alberdi acuñar medallas de perfecto relieve: “lejos de ser la

última razón del derecho, la espada es la primera razón del crimen”.

¿Cómo se explica, pues, que este gran pensador que era un gran escritor, no haya llegado a ejercer sobre la evolución humana toda la influencia que a sus dotes intrínsecas correspondía? La respuesta a esta pregunta pudiera bien ser el ejercicio más útil de este modesto homenaje a la memoria de Alberdi.

La primera razón, hay que buscarla en el propio Alberdi. Como ya hemos observado varias veces al examinar su obra, improvisa, piensa en alta voz, echa sobre el papel los brotes espontáneos de su pensamiento. Falta a su labor, primero, un *filtraje* de las ideas brutas para desechar las que no cuadran con su pensamiento madurado y conservar las ya depuradas y utilizables; después, una *visión sistemática* sostenida no sólo en su conjunto, sino en ciertas grandes líneas que le permita alcanzar un *orden*, tanto de concepto como de exposición.

Hallaremos otra razón en el hecho de que Alberdi — por su desgracia — no se hallaba inserto en una cultura organizada. Pese a sus estudios, era en el fondo, como la inmensa mayoría de los ibéricos, un autodidacta. (Estaba descentrado, aislado y flotante, en una cultura, europea, atlántica, universal, demasiado vasta para el individuo sin la transición de una

cultura nacional bastante vigorosa para acercarle las esencias universales.) Aquí tocamos al centro de nuestros males. Ya hemos visto cómo Alberdi acierta siempre que reacciona en ibérico, cómo se equivoca siempre que repite por convicción intelectual, pero sin conversión cordial, las ideas económicas, políticas y aun filosóficas de otros ambientes espirituales. ¿A qué se debe este hecho singular? A que las ideas sólo son fértiles cuando van arraigadas en *todo* el ser que las manifiesta, porque entonces, también las alimenta.

De aquí una conclusión esencial. Para que un espíritu grande y generoso como el de Alberdi dé su máximo rendimiento a la cultura universal, es menester que reciba una cultura en armonía con su modo de ser, es decir, una cultura nacional — lo cual, claro está, no quiere decir nacionalista, sino todo lo contrario. La cultura nacional no ha de ser una enciclopedia de las ideas universales, sino un cultivo de los espíritus nuevos, mediante la familiaridad con los grandes espíritus de la misma nación que florecieron en el pasado — y, desde luego, de los clásicos universales. A Alberdi le falta cultura ibérica. Cita a todas las grandes luminarias del derecho internacional, pero ni siquiera conoce, como hemos visto, a Vitoria. No es reproche que le hacemos —, ¿quién, salvo contados especialistas, lo conocía entonces? Es lamento ante lo que Alberdi hubiera dado, si su gran espíritu se hubiera

cultivado al contacto con la Salamanca del siglo XVI. La lección de Alberdi es ésta: las universidades americanas deben cultivar sus clásicos — es decir, los clásicos españoles, que son los que están en ritmo con su sangre y con su espíritu.

En estrecho parentesco con esta razón segunda, existe una tercera, para que Alberdi no haya dado mayor rendimiento en la cultura humana, a pesar de sus altas dotes, y es la espantosa desorganización de la cultura ibérica, a la que por ley natural pertenece. No nos conocemos unos a otros. No nos estudiamos unos a otros. La cultura ibérica no posee todavía los órganos de crítica, de estudio, de registro y transmisión que corresponden a su pasado, a su vitalidad, a su genio creador y a la superficie del planeta que la historia le ha concedido. Sin duda, existen para ello causas históricas. ¿No han de existir? Aunque España se ocupó de la cultura de sus colonias infinitamente más que los países colonizadores de su época y aun de la actual, la cultura que España transmitía tenía que adolecer en último término, no sólo de las condiciones dogmáticas que la historia le impuso, sino de los errores económicos que cometió. Pero no todo el tiempo que se pudo haber ganado de la emancipación acá, se ha aprovechado. A buen seguro que nadie podía razonablemente pedir a las colonias recién emancipadas de la metrópoli, que a su vez se emanciparan de los sentimientos antagonistas provocados

por la lucha de liberación. Pero en fin, ya han pasado más de cien años; ya es hora, ya es hora. Subsisten resabios coloniales en cierta resistencia a beber en las fuentes de la cultura española y a reconocer en ellas las verdaderas fuentes — no meramente históricas, sino *naturales*, por la identidad de ritmo y sangre, de las culturas americanas. El americanismo es aún cosmopolita y *deraciné*. No se ha emancipado todavía completamente de su antigua *psique* colonial, para ir con la frente alta, con la estatura de mayor de edad, a lo que es suyo tanto como nuestro, a la cultura clásica de España.

Y, sin embargo, el americano tiene que arraigar para dar fruto. Su arraigo natal ha de ser ante todo, claro está, el de su suelo y cultura patria, pero en cuanto la raíz ahonde, y en los grandes espíritus ahonda siempre, llegará a la España del XVI — subsuelo espiritual de todos nosotros. Sólo sobre el siglo XVI español conseguiremos hacer del mundo ibérico una cultura orgánica potente, que dé a cada uno de nosotros la resonancia necesaria para que su voz se oiga en el concierto mundial.

SALVADOR DE MADARIAGA

# NOTAS

## “EL DELATOR”

Ignoro la frecuentada novela de la que fué extraído este film: culpa feliz que me ha permitido seguirlo, sin la continua tentación de superponer el espectáculo actual a la recordada lectura, para verificar coincidencias. Lo he seguido; lo juzgo de los mejores films que nos depara este año; lo juzgo demasiado memorable para no estimular una discusión y para no merecer un reproche. Varios reproches, mejor dicho, ya que ha corrido el albur hermoso de ser enteramente satisfactorio y no lo ha sido por dos o tres razones.

La primera es la excesiva motivación de los actos de su héroe. Entiendo que el objeto perseguido es la verosimilitud, pero los directores cinematográficos — y los novelistas — suelen olvidar que las muchas justificaciones (y los muchos pormenores circunstanciales) son contraproducentes. La realidad no es vaga, pero sí nuestra percepción general de la realidad; de ahí el peligro de justificar demasiado los actos o de inventar muchos detalles. En el caso particular que consideramos — el hombre que de golpe se vuelve Judas, el hombre que delata a su amigo a las ametralladoras policiales y a la hostigada muerte —, el motivo erótico que se invoca parece disminuir de algún modo la felonía y su milagro atroz. La infamia cometida por distracción, por mera brutalidad del infame, hubiera impresionado más, artísticamente. Creo, también, que hubiera parecido más cierta. (Un excelente film anulado por el exceso psicológico de motivos, es *Le Bonheur*).

Conste que en sí la pluralidad de motivos no me parece mal. Admiro la escena del delator que despilfarra sus treinta dineros por la triple necesidad de aturdirse, de sobornar a los terribles amigos que son tal vez sus jueces y que serán al fin sus verdugos, y de verse libre de esos billetes que lo están infamando.

Otra debilidad de "El delator" es la de su principio y su fin. Los episodios preliminares parecen falsos. Ello se debe, en parte, a esa calle demasiado típica, demasiado *européa* (en el sentido californiano de la palabra) que nos proponen. Es innegable que una calle de Dublín no es absolutamente igual a una calle de San Francisco, pero se parece más a esta calle — por ser auténticas las dos — que a un evidente simulacro, abarrotado de cargoso color local. Las diferencias locales parecen haber impresionado más a Hollywood que el parecido universal: no hay director americano que ante el imaginario problema de presentar un paso a nivel español o un terreno baldío austro húngaro, no se resuelva por una reconstrucción especial, cuyo único mérito debe ser el alarde de un gasto... En cuanto al fin, lo censuro por otra causa. Que los espectadores se conmuevan con el espantoso destino del delator, me parece bien; que el director de la película se conmueva y le otorgue una muerte sentimental con vitrales católicos y música de órgano, me parece menos admirable.

En este film, los méritos son menos sutiles que los desméritos y no requieren acentuación. Quiero, sin embargo destacar un rasgo eficacísimo: el raspar final de las uñas en la cornisa y la desaparición de la mano, cuando al hombre pendiente lo ametrallan y se desploma. De las tres unidades trágicas, dos han sido observadas, las de acción y de tiempo; la negligencia de la tercera, la de lugar, no puede ser motivo de queja. El cinematógrafo, por su mismo carácter, parece rechazar esa tercer norma y requerir continuos desplazamientos. (Riesgos del dogmatismo: el admirable recuerdo de *Payment deferred* — *Justicia divina* — me advierte el error de generalizar. En ese film, el hecho de que todo acontezca en una casa, casi en un mismo cuarto, es una fundamental virtud trágica).

JORGE LUIS BORGES

## RENÉ CREVEL

*Le poète n'endort pas ses fauves pour jouer au dompteur, mais toutes cages ouvertes, clés jetées au vent, il part, voyageur qui ne pense pas à soi mais au voyage, aux plages de rêves, forêts de mains, animaux d'âmes, à toute l'indéniable surréalité.*

RENE CREVEL (*L'Esprit contre la raison*).

*La vie que j'accepte est le plus terrible argument contre moi-même.*

RENE CREVEL (*Réponse à une enquête sur le suicide*).

Cuando *La Révolution surréaliste* (Nº 2, enero 15 de 1925) abrió una encuesta (que se hizo célebre) acerca del suicidio, una de las numerosas respuestas a ese cuestionario contenía un acento áspero donde se filtraba la angustia, al que se añadían entre líneas de misterio y en el que apuntaba una certeza de desilusión: llevaba la firma de René Crevel.

Los organizadores de la encuesta se proponían inquirir la parte de voluntad que había en el hecho de vivir y de morir, llegaban a la presunción de que uno se mata lo mismo que sueña y advertían de modo expreso que no era una cuestión moral lo que ellos planteaban en esas preguntas formuladas desde las páginas de la revista.

La finalidad del interrogatorio a que me refiero trataba de investigar en concreto si quitarse la vida es una solución.

La índole de la encuesta rebasa en cierto modo las contingencias de la ética o de la casuística y prescinde de toda fijación escolástica o discursiva, de toda consideración adventicia.

Esta indagación superrealista acerca del suicidio es uno de los testimonios más punzantes de la inquietud de nuestro tiempo, de su escepticismo insondable, de su fuego central de tragedia.

¿Será de rigor hablar del llamado capciosamente *mal del siglo* o de su *síndrome*? ¿Tendremos que referirnos una vez más a esta niebla de padecimiento que deambula con el demonio de nuestra época?

La muerte de Crevel como predominio del "impulso mortal", del obscuro arranque anímico más poderoso que los andamiajes conceptuales que tratan de vincular el hombre a la vida y se esfuerzan en entender ésta a la luz del sol o de la razón, el suicidio de este poeta angustiado hasta en el ensueño es suficiente para ilustrar la persistencia del nihilismo irradiante que flota en ciertas zonas de nuestra centuria.

Dice Crevel en su respuesta a la pregunta sobre si el suicidio es una solución:

“¿Una solución?... Sí.

“El mosaico de simulacros no resiste. Entiendo que el conjunto de combinaciones sociales no llega a prevalecer contra la angustia con la cual está malaxada nuestra carne misma. Ningún esfuerzo se opondrá *jamás* victoriosamente a este empuje profundo, a este impulso misterioso, que no es de ningún modo, Sr. Bergson el impulso vital, sino su maravilloso opuesto, el impulso mortal.

“De un suicidio al cual me fué dado asistir, y cuyo autor-actor era, entonces para mí, el ser más querido y más compasivo, de este suicidio, que — para mi formación o mi deformación — hizo más que toda prueba posterior de amor o de odio, desde el fin de mi infancia he sentido que el hombre que facilita su muerte es el instrumento dócil y razonable de una fuerza mayúscula (llámesela Dios o Naturaleza) que, habiéndonos puesto en el seno de las mediocridades terrestres, arrastra en su trayectoria, más lejos que este globo de espera, a los únicos valerosos.

“Los que se suicidan, dícese, lo hacen por amor, por miedo, por sífilis. No es cierto. Todo el mundo ama o cree amar, todo el mundo tiene miedo, todo el mundo es más o menos sifilítico. El suicidio es un medio de selección.

“Se suicidan aquellos que no tienen la casi universal cobardía de luchar contra cierta sensación de alma tan intensa que es necesario tomarla, hasta nueva orden, por una sensación de verdad. Sólo esta sensación permite aceptar la más verosímilmente justa y definitiva de las soluciones, *el suicidio*.

“No es verosímilmente justo ni definitivo ningún amor, ningún odio. Pero la estima en la cual, bien a pesar mío y a despecho de una despótica educación moral y religiosa, estoy obligado a tener a quien no ha tenido miedo y no ha limitado su impulso, el impulso mortal, cada día me hace envidiar más aún a aquellos cuya angustia fué tan grande que no pudieron continuar aceptando las diversiones episódicas.

“Las consecuciones humanas son promesas vanas, *grasa de caballo de madera*. Si la felicidad afectiva permite tener paciencia, es negativamente, a la manera de un soporífero. La vida que yo acepto es el más terrible argumento contra mi mismo. La muerte que varias veces me ha tentado excedía en belleza a este miedo de morir esencialmente necio y que podríamos también llamar tímida costumbre. He querido abrir la puerta y no he osado. Ha sido un error, lo siento, lo creo, quiero sentirlo, creerlo, pues no encontrando ninguna solución en la vida, a pesar de mi encarnizamiento en buscarla, ¿tendría la fuerza de intentar aún algunas pruebas si no entreviera el gesto definitivo, último, la solución?”.

El ansia vertiginosa de evasión, lo lleva, como poeta, a buscar en el ensueño el espejismo alucinante capaz de rescatarlo del “mosaico de simulacros” que hierve no sólo en la apariencia de la vida.

La suprema libertad del lirismo, el escalamiento de alturas para el poeta, lo expresó en ese pensamiento de *L'Esprit contre la raison* que sirve de acápite a esta nota. En esa máxima — una de las más ungidadas, mágicas, lúcidamente exaltadas que se han escrito sobre el milagro de la poesía — la idea de viaje que allí se perfila sugiere la prefiguración de ese otro viaje que es el que emprendió recién, al desprenderse trágica y voluntariamente de este mundo. Terribles negaciones, fatídicas espesuras de incertidumbres lo habían preparado con sutileza de mistagogía, para ese desenlace.

Tránsito de lo ficticio circundante a lo que se presume desconocido, lirismo de la superrealidad, poesía, viaje, decisión de tomar la llave del sueño todavía inalcanzado, y de probar la aventura de internarse en medio de las interrogantes volátiles, fascinación por el secreto del ser o del no ser sortilegio de las esferas arcanizadas, hastío de los supuestos limitados, sondeo de las cosas que lo hace, si es posible, más atormentado aún...

\* \* \*

La búsqueda apasionada que con las técnicas superrealistas llevó a cabo impulsado por su actitud espiritual no conformista, su repugnancia por los resquemores legados por un fárrago de preceptivas acomodaticias, su aversión por los procedimientos congelantes, su fobia del egoísmo, toda la pujanza de su rebeldía irreductible unida a su bondad sufriente, a su generosidad, lo condujeron con

paso firme a la acción revolucionaria, a la militancia en medio del proletariado. Acababa de entrar como colaborador a *Monde* y desplegaba notable actividad para acercarse a los perseguidos por la represión nazi, visitaba los campos de concentración, los presos políticos de España y Holanda, colaboraba en la A. E. A. R. y en el comité pro excarcelación de Thaelmann, trabajaba en la organización del Congreso Internacional de Escritores. Ese poeta explorador de la superrealidad, de la simbología del ensueño, de las apariencias, sentía en profundidad la causa de la reivindicación y de la justicia sociales, ponía en su acción revolucionaria el fervor y el entusiasmo que le brotaban de su sangre, sabía bajar a la calle el 1º de Mayo para dirigir la palabra a los obreros y exhortarlos, ante las amenazas reaccionarias, a la solidaridad incommovible de los intelectuales y el proletariado.

\* \* \*

Crevel tomó parte en la experiencia superrealista y puso en ella su ardor y su penetración.

Crevel ha dicho: “El superrealismo: no es una escuela, es un movimiento, luego no habla *ex cathedra* sino que va directamente a ver, va al conocimiento, al conocimiento aplicado, a la Revolución”.

(*Le surréalisme au service de la Révolution*, N° 3).

Poco antes de su muerte, se separó de ese movimiento para entregarse a la militancia revolucionaria, para hacer triunfar la idea de Revolución que está en el superrealismo, ya que en sus declaraciones, este impulso emancipador se define como “voluntad revolucionaria”.

Violento en el ataque, eficaz en la polémica, cáustico en la crítica revisionista, flagelador en el panfleto, siempre con el coraje de las ideas y de las actitudes frente a lo que desprecia y se propone demoler, arremete contra las imposturas e iniquidades que usurpan ciertas esferas de poder y de censura.

Convive con una trabazón de incertidumbres respecto de lo inmediato vital, pero encuentra de pronto una condensación de certeza negadora:

“La condenación eterna, la salvación no están en ninguna parte”.

(*Schéma d'une conférence*).

“La tajada de vida es un jirón de niebla, tristemente sangriento y tenemos que contar con las dolorosas sorpresas de los sueños”.

(*Le Sommeil*).

La idea del viaje como estado de trance (liberación o creación) lo obsesiona:  
“Navegante del silencio, el *dock* es sin color y sin forma, ese muelle del que partirá esta noche, el bello barco fantasma, tu espíritu”.

(*Le Pont de la Mort*).

En su libro *Etes-vous fou?*, en medio de relatos abundosos, de imágenes en torbellinos, de asociaciones violentas y disociaciones crujientes, el ensueño toma su ritmo:

“El hombre baja los párpados, para recordar ciertos meses cuyas mañanas le sonreían, con todas sus ventanas abiertas, cantaban con la dulce voz de río, acompañadas en sordina por caricias de sombra”.

El superrealismo, en su trasplano, es una angustia metafísica, un impulso de inquietud ramificada que a veces se condensa en ideas — focos de luz extraña con un halo de penumbra —, pero que casi siempre se mantiene en forma de nebulosa y es entonces más torturante.

Desvelo ontológico fomentado por inasibles incógnitas, por un vértigo de altura, por una sombra que ni siquiera revela el abismo, pero que lo impone, lo acerca o acaso lo evapora; y cuando este abismo parece volatilizarse detrás de una apariencia inmediata, deja como una nostalgia de sí mismo.

Arraigados espectros de la duda corrosiva, intransferible de tan íntima, del nihilismo omnipresente, de lo insondable que huye, embruja y hasta mata cuando se siente con dolor.

La muerte de René Crevel conmueve a sus compañeros de cruzada, estremece la literatura de nuestro tiempo, la aventura superrealista, la causa de la emancipación del proletariado, la acción revolucionaria.

GERVASIO GUILLOT MUÑOZ

## EL PUNTO DE VISTA DE C. G. JUNG Y LA “REALIDAD DEL ALMA”

### I

Nuestros tiempos, por ese afán de objetividad que es común a su ciencia y a su voluntad de poderío, han acabado por descuidar cada vez más la vida interior. Para volverlos a encaminar en esa dirección, importa enseñarles — puesto que sólo creen en lo real — que también el “alma” es “real”. *Wirklichkeit der Seele*, realidad del alma: tal es precisamente el tema del último libro de C. G. Jung (1). Y el sólo título expresa ya la enérgica réplica al prejuicio más tenaz y más peligroso de estos tiempos que se creen tan avisados, aunque, según asegura el psicólogo de Zurich, nada iguala “la ingenuidad moderna” (pág. 51).

Tal ingenuidad se confunde con la superstición de lo objetivo. Si se me pidiese que expresara en pocas palabras la filosofía que se desprende de la obra de Jung, lo haría en estos términos, que no son los suyos pero que sitúan bien, me parece, el espíritu en que constantemente se inspira Jung: La ciencia moderna nos ha enseñado a expurgar el universo de los fantasmas con que la imaginación de los siglos lo había enredado inextricablemente: las leyes del mundo físico quedan despojadas, ante nuestros ojos, de todas las virtudes ocultas, de toda magia, brujería y mitología. Sabemos que todo eso era un aporte “subjetivo”, y fué sin duda obra de mucho mérito el tratar así en nuestros alambiques una combinación impura y ver precipitarse la naturaleza de las cosas en su dureza cristalina. Fué aquello como un grandioso análisis químico de todo conocimiento. Pero ¿qué se ha hecho del elemento que hemos separado de la naturaleza en esta reacción, del elemento subjetivo? Indudablemente, por ser más volátil, hemos olvidado recogerlo. De hecho, el hombre moderno razona como si ese elemento *no existiese*. Ahora bien: dicho elemento era la “proyección”, sobre la pantalla del

(1) C. G. JUNG, *Wirklichkeit der Seele*, Zurich, Rascher, 1934.

mundo exterior, de todo un mundo interior a nosotros. Interior a nosotros sigue siendo, más que nunca, después que lo hemos disociado de la materia, en que las cosmogonías primitivas lo habían esparcido. Todos los dioses, todos los demonios, todos los mitos con que el hombre poblaba el universo, tienen cierta existencia *en el espíritu*, que es también un universo. Después de haber creído verlos dondequiera a nuestro alrededor, hemos reconocido que no estaban allí, y fué un gran adelanto. Pero al mismo tiempo los hemos negado, pura y simplemente: error que el mundo moderno empieza a pagar caro. Es menester que demos todavía un paso más: reconocer a lo "subjetivo" cierta existencia que le es propia, una indudable y a veces temible *realidad*.

En ninguna parte el error ha resultado tan palpable como en la clínica de las enfermedades llamadas "nerviosas". El médico físico que despide al enfermo con el consolador diagnóstico de que "es cosa de los nervios" entiende esta expresión como equivalente, poco más o menos, de estas otras: subjetivo, imaginario, inexistente. Pero lo único que de ese modo confiesa es su incompetencia, porque, para el enfermo que sufre, es cosa que por cierto *existe*. Con negar, no se exorcisa. Y, como se complace en decir Jung, cuando bautizamos con el nombre de "neurosis" al demonio a quien se atribuían antaño las torturas del enfermo, al demonio le da lo mismo, y el enfermo no deja de estar "poseído" por él. Lo subjetivo, pues, estaba llamado a hacerse oír en el terreno de la clínica nerviosa, pues es en ese terreno donde más clamorosos eran sus derechos a la reivindicación. De aquí debía partir la señal de una nueva orientación del espíritu moderno.

Quedará como mérito singular de Freud el haber hecho de su nombre un sinónimo de esa señal. Al demostrar, con el imponente aparato que sabemos, qué causas psicológicas pueden producir accidentes mórbidos bien definidos y — contraprueba — curarlos, restituyó a los hechos psicológicos su dignidad. Ya no es lícito tratarlos de *epifenómenos*, como se les podía considerar hace medio siglo. Hoy, el libro de Jung insiste con más fuerza en el mismo hecho.

Para comprender exactamente su título y su propósito, hay que pensar con el espíritu de la lengua alemana. *Wirklichkeit*, que nos vemos obligados a traducir por "realidad", procede de la misma raíz que *wirken*, obrar, actuar. Lo que es *wirklich* (real) es lo que *wirkt* (actúa). Hay aquí un pragmatismo a priori en el lenguaje mismo, y es preciso no perderlo de vista para comprender bien de qué clase de realidad se nos quiere hablar. Realidad muy próxima a la eficiencia.

El alma existe, puesto que produce efectos, y los primeros efectos invocados son las neurosis y su curación. En cuanto al “alma” de que aquí se trata, no es una entidad metafísica, es la vida psicológica entera; también aquí es preciso auscultar el genio de la lengua, y saber que el alemán *Seele* tiene algo de más amplio y, si se nos permite decir, de más tangible que el español “alma”. *Wirklichkeit der Seele* es más y es menos que “realidad del alma”. Es, si se quiere, la eficacia de lo psíquico; es también, en otros términos — demasiado abstractos, pero muy claros —, *la objetividad de lo subjetivo*.

## II

Lo subjetivo posee realmente una objetividad apenas se convierte en materia de ciencia. Y se convierte en materia de ciencia con el psicoanálisis. Ahora bien: ¿qué es lo que Jung cree poder añadir a este aporte de Freud?

Estaría yo tentado de explicarlo diciendo que, desde el punto de vista de Jung, Freud es en verdad uno de esos exploradores que no estiman en lo debido su propio descubrimiento. En lo cual se parecería a Colón, que cree tocar la India, sin saber que ha pisado un nuevo mundo. Freud, podría decirse, descubre una interioridad nueva al ser humano, pero la concibe como derivada de lo exterior (por el “sistema conciencia-percepción”) y continúa expresándola en términos de exterioridad. Lo que Jung nos propone es lo que vulgarmente se llama otro “punto de vista” sobre el nuevo descubrimiento; pero yo quisiera que se diese a esta palabra desgastada toda su fuerza: se trata de dar vuelta en torno del objeto hasta alcanzar un punto desde donde se ven separarse y abrirse todas sus perspectivas. Supongamos un círculo, mitad blanco, mitad negro. El semicírculo blanco representaría la conciencia, ese “sistema conciencia-percepción” vuelto hacia el exterior, y la parte negra significaría ese “inconsciente” modernamente señalado. Admitamos que Freud se coloca en lo más alto del semicírculo blanco, en el meridiano de la plena conciencia y de la experiencia externa: desde ese punto percibe ante sí toda la extensión blanca, y sólo más allá, en el horizonte, la delgada banda negra a que se reduce, desde tal punto de vista, el otro semicírculo. Es inmenso haber señalado esta banda. Pero Jung es curioso; tiene espíritu concreto; quiere ver, quiere tocar. Entonces da la vuelta en torno del ob-

jeto. Recorre un cuarto de círculo. Se coloca exactamente en el extremo del diámetro que separa lo blanco de lo negro (1). Ve entonces, a su derecha y a su izquierda, las dos extensiones; la parte negra no ha cesado de aumentar a sus ojos; ahora las dos partes le parecen iguales, y se equilibran como dos masas. Todo lo que se había señalado en la superficie negra ha sido mojonado de nuevo; pero el abanico de la perspectiva se ha abierto y todos los ángulos se han agrandado. Es lo que se puede verificar hasta en detalle si nos tomamos el trabajo de comparar algunas tesis de los dos psicólogos.

Empecemos por situar, a este efecto, algunas tesis esenciales de Freud:

1) El inconsciente nos es presentado aquí, para decirlo en pocas palabras, como *derivado de lo consciente*. Ciertamente que Freud ha ido corrigiendo más tarde esta tesis inicial, pero, de hecho, el inconsciente a que de continuo se refiere es, en esencia, lo consciente reprimido que se ha vuelto inconsciente.

2) Este inconsciente se expresa por los *sueños*, que manifiestan así, embozadamente, *deseos* que no han podido lograr realizarse.

3) Pues lo que se reprime son principalmente ciertos *deseos* a los que se considera culpables y ciertas *experiencias* vividas por el sujeto y enlazadas a dichos deseos.

4) Los deseos reprimidos proceden directamente del instinto. Es el instinto lo que la civilización nos obliga a reprimir. De ahí el malestar del civilizado: "das Unbehagen in der Kultur".

5) En cuanto a las experiencias reprimidas, las más características son las primeras. Desde el punto de mira radicalmente empirista adoptado aquí, todo es impresión, marca del ambiente sobre el ser: y es lógico entonces que las primeras impresiones hayan sido las más enérgicamente marcadas. De donde la importancia capital de la *primera infancia*.

---

(1) Después de escritas estas líneas, advierto que mi imagen, como todas, dice un poco más de lo que creía: piénsese en el viaje que en efecto emprendió Jung al continente negro para explorar directamente esa mentalidad primitiva que forma la estructura de nuestro propio inconsciente.

III

Veamos qué pasan a ser estas tesis, desde el punto de vista de Jung. Reconoceremos sin dificultad cada una de ellas, pero notaremos cada vez la rectificación de la perspectiva, la ampliación del ángulo.

1) Según Jung, es estrechar con singular mezquindad el inconsciente eso de reducirlo a "migajas caídas de la mesa de lo consciente". Mas conforme con lo que sabemos es admitir que la conciencia es una adquisición tardía, que ha emergido lentamente de un inconsciente primordial (pág. 20). Hechos conscientes pueden volver a caer en el inconsciente, pero no es eso lo que constituye el inconsciente, como el mar no está formado por los restos que se arrojan en él. El inconsciente es en verdad como un mar de donde ha surgido la isla de nuestra conciencia; isla siempre sitiada, golpeada por las olas, amenazada, y que, en el sueño, en los delirios, vuelve a sumergirse.

2) El sueño es, sí, expresión del inconsciente, pero si el inconsciente no se reduce a lo reprimido, el sueño no podría tener por única función manifestar deseos hambrientos. Manifiesta, a decir verdad, todos los múltiples aspectos de la vida psíquica profunda; nos presenta recuerdos, fantasías, planes, anticipaciones (pág. 81), y aun esos mismos fenómenos telepáticos que nunca retuvieron la atención de Freud, pero que aparecen fácilmente a un espectador no prevenido. Así, pues, el sueño no es una simple "fachada" (pág. 84), un puro disfraz. Puede ser oscuro de descifrar, como los jeroglíficos; lo cual no quiere decir necesariamente que tenga el propósito de ocultar. El sueño nos introduce en plena sustancia interior, en plena "realidad" psíquica.

3) Toda represión excesiva se traduce en un malestar. Pero es inexacto que sólo se repriman instintos. No rechazamos sólo lo que parece culpable, sino, como ha visto Bergson (1), lo que parece inoportuno desde el punto de vista práctico. Podemos reprimir así los elementos superiores y espirituales de nuestra naturaleza. Precisamente por ese afán de objetividad y de práctica de que hablá-

---

(1) En un artículo sobre *La Pensée et le Mouvant* (*Présence*, 1934, N° 4) ya hemos llamado la atención sobre ciertas relaciones entre el pensamiento de Jung y el de Bergson.

bamos al comienzo, sucede que el hombre rechaza incluso su alma. Esto plantea un problema más vasto, y sin duda más grave que estas represiones sexuales — hoy aliviadas, al parecer, por una creciente libertad de costumbres, sin atenuar, ni mucho menos, la angustia moderna.

4) Parece más bien que esta angustia “culmina” en la “crisis” que estamos viviendo. Quizá nunca se ha hecho sentir hasta tal punto el “malestar del civilizado” (pág. 42). Ahora bien: la crisis actual es por lo menos tanto psicológica como económica, y lo que es soberanamente molesto (*unbehaglich*) para el hombre occidental de hoy, es que se ha perdido a sí mismo.

Después de la conciencia “vertical” — toda elevación y profundidad — que conoció la Europa de las catedrales, el mundo moderno, desde el Renacimiento, ha extendido cada vez más su conciencia en sentido “horizontal” (pág. 2). Compárese esta vigorosa imagen con la oposición entre “intensivo” y “extensivo” en Bergson. El hombre moderno resulta ser, así, enfermizamente unilateral (“krankhaft einseitig”, pág. 63). Hasta es posible que ahí radique toda su enfermedad.

Se comprende, pues, que Jung tenga derecho a hablar de “la significación de la psicología para la época presente”. (Es el título de uno de los ensayos que componen la obra). Jung imagina por un momento la época bajo los rasgos de un paciente que vendría a consultarlo. ¿Adónde llevará a este hombre positivo? Directamente al sueño, hacia el cual semejante paciente tendrá al principio el más profundo desprecio, pero que será para él, más que para ningún otro, la llavecita capaz de darle acceso, diría Goethe, a la región de las “Madres”, a la realidad psíquica primordial. Este “uno mismo” profundo (*Selbst*) se ha tornado extraño, en este paciente, a un “yo” demasiado diferenciado, demasiado exclusivamente vuelto hacia el exterior, demasiado identificado con su propia máscara social (persona), con el papel que desempeña en el mundo.

5) El tratamiento de tal paciente no consistirá, o no consistirá únicamente, en buscar huellas de *chocs* infantiles; el problema por resolver es muy del presente. Si nuestra época se ha convertido, no sin alguna exageración, en “el siglo del niño”, ha sido en parte, para el adulto, un medio entre otros para huir de sus propios problemas (pág. 181). Queremos corregir en nuestros hijos lo que no nos satisface en nosotros mismos. Es muy loable, pero no convendría corregirlo también en nosotros? Y si no empezamos por hacerlo, ¿sabremos mo-

dificar al niño? Hay en todos nosotros, durante toda la vida, un niño eterno que educar. Nos sustraemos a esta tarea, y encontramos alivio en proyectarla fuera, en forma de celo pedagógico.

## IV

Una constante educación del adulto — una psicología, diríamos hoy — fué, a fin de cuentas, el objeto propio de las religiones. La decadencia de la vida religiosa en la época moderna es lo único que puede explicar el desuso en que ha caído en nuestros días esa preocupación, tan esencial sin embargo, sin la cual toda la pedagogía del mundo corre por cierto el peligro de quedarse sin base. Importa volvernos a situar frente a tan vital exigencia.

Sin perjuicio de las interpretaciones metafísicas — en las cuales, por lo demás, creemos tener derecho a apoyarnos — la psicología es aquí capaz de orientar con precisión nuestra busca.

La educación del adulto es, dicho con otros términos, la formación de la personalidad (que no hay que confundir con la “persona” evocada hace un momento, con ese personaje social que representamos). Personalidad, desde el punto de vista de Jung, es “totalidad” (pág. 185). Debemos recordar, en efecto, que una de las adquisiciones más decisivas de la nueva psicología es el conocimiento de nuestra multiplicidad íntima. Poner de acuerdo estas diversas potencias, saber instalarnos en el centro mismo del círculo, mitad blanco, mitad negro, que trazábamos hace unos instantes: eso es lo que atañe a la “personalidad” (1). La personalidad, pues, sólo se desarrollará si sabemos separarnos de la superficie clara vuelta hacia afuera, sumergirnos en nosotros mismos y escuchar las “voces interiores” que se elevan desde el inconsciente. “Voces” no es aquí una simple metáfora. El inconsciente nos habla, en verdad; las alucinaciones auditivas de ciertos enfermos no hacen más que exagerar un fenómeno normal que el hombre moderno corre el peligro de desconocer, o de considerar, con demasiada precipitación, como mórbido. El “daimon” de Sócrates; el aspecto “daimónico” de

---

(1) Véase nuestro artículo *Sublimation et Synthèse* (Revue de Théologie et de Philosophie, Lausana, 1935, N° 94).

toda gran personalidad; en fin, la sola palabra “vocación”: todo esto, si sabemos comprenderlo, dice mucho. Son más que imágenes, son hechos psicológicos; y aunque no fuesen más que imágenes y mitos, no dejarían de ser hechos, pues el mito y la imagen son, en cuanto cosas interiores, eminentemente “objetivas”: son la expresión misma de la realidad psíquica.

“Voz” o “vocación” son llamados del inconsciente, llamados que emanan de complejos psíquicos autónomos, que desde el fondo de nosotros mismos reclaman y exigen ser incorporados a nuestro yo. Si sabemos aceptar estos complejos, sin dejarnos sumir por ellos (lo que se expresaba en otro tiempo con el término de “posesión”), si sabemos integrárnoslos, aparece la personalidad en toda la fuerza de la palabra. No se accede por el solo hecho de saber que eso es bueno o ventajoso; no se accede sino por una necesidad o un peligro (Nto., pág. 189), por un llamado interior que expresa una secreta “maduración”.

Este llamado es justamente el que resuena con más premiosa angustia en la neurosis. Volvemos así a nuestro punto de partida, y vemos que en Jung el terapeuta no ha perdido terreno ni por un instante. Pero la neurosis — Otto Rank ha formulado la idea en términos casi análogos — le parece no tanto una enfermedad como una “crisis de desarrollo de la personalidad” (pág. 207). De modo que el papel del terapeuta es ayudar el logro de este desarrollo, permitiendo al sujeto comprender mejor la “voz interior”, el aflictivo llamado que ha surgido en él y que no es por otra parte, sino una especificación más aguda de la universal angustia humana.

CHARLES BAUDOIN

## ARTURO TOSCANINI

Conocí el año pasado, en Nueva York, a Arturo Toscanini. Tuve el privilegio de oír más de 40 conciertos dirigidos por él, durante el ciclo que la admirable orquesta filarmónica de esa gran ciudad desarrolla anualmente en el “Carnegie Hall”.

En uno de los primeros conciertos, Toscanini dirigió la 4ª sinfonía de Brahms. Fué para mí un deslumbramiento. Creí entonces que nadie, ni el mismo Toscanini, podría impresionarme nuevamente en forma parecida. Los conciertos se sucedieron; en varias semanas se cumplió un nutrido ciclo beethoveniano que incluía las nueve sinfonías, numerosas oberturas, la "Missa Solemnis", conciertos, etc., cuyas ejecuciones renovaban de continuo el asombro y la admiración que provoca este hombre prodigioso. Cuando, hacia el final de la temporada, le oí la obertura de "Los Maestros Cantores", comprendí por qué se le llama "el mago".

No hay artista, ya sea ejecutante de instrumento, cantante, director de orquesta, que alcance realizaciones comparables a las que puede ofrecer Arturo Toscanini.

Quizá fuera oportuno recordar que la labor de intérprete de un artista tiene fases muy distintas, según se trate de un director de orquesta o de un ejecutante-virtuoso de cualquier instrumento.

El virtuoso, ante la obra que se propone interpretar, debe evocar, a través de dicha obra, el ambiente propicio en que ella pudo nacer, creando en sí mismo el estado de ánimo del compositor en el momento de esa concepción, lo que, en cierto modo, es como sustituirse a él. Es ésta una labor de identificación bien difícil, siendo necesario para afrontarla con éxito poseer una cultura musical extensa, tener una sensibilidad artística muy varia, y hasta requiere, en algunos casos, que el intérprete tenga ciertas dotes de creador, transformando, momentáneamente, su papel en el de colaborador del autor interpretado. Todo esto, como se comprenderá fácilmente, no siempre podrá ser reemplazado por la intuición o el agudo instinto musical de que están dotados algunos ejecutantes. De ahí que se encuentren tantos virtuosos de excepción, cuyo dominio del instrumento es sorprendente, que ofrecen excelentes versiones de tal o cual autor, cayendo en la extravagancia al interpretar a otros.

Esta labor interpretativa, común al artista ejecutante y al director de orquesta, tiene en cuanto a su realización un proceso muy distinto. El virtuoso cuya re-creación de la obra está ya fijada en su imaginación, al darle vida en el instrumento adaptará sus medios técnicos a aquella imagen, encuadrando su ejecución en el estilo y en la expresión requeridos. Claro está que su versión será el fiel reflejo de su pensamiento. Bien distinto es el caso del director de orquesta.

En sus subordinados deberá crear ese estilo; es a ellos a quienes ha de transmitir esa nueva creación, haciendo que la interpretación por él concebida sea fielmente vertida por el complejo instrumento que él utiliza: la orquesta. Hay aquí, como se ve, un doble riesgo, pues la más afortunada concepción del director estará expuesta a ser desvirtuada en cuanto no logre transmitirla e imponerla en sus más mínimos detalles a la legión de colaboradores que su tarea le exige. O, dicho de otro modo, es necesario que el director de orquesta posea además de las indispensables condiciones de intérprete, otras muy especiales — el conocimiento de las diversas técnicas de los instrumentos no es la menor — y el dominio suficiente para imponer a la orquesta su concepción personal de la obra. A todo ello agréguese un poder de transmisión por el gesto y los ademanes, que hará, en el momento mismo de la ejecución, que toda la labor llevada a cabo durante los ensayos no sea traicionada.

Cuando se oye por primera vez una ejecución dirigida por Toscanini se advierte hasta qué punto todo ese proceso se ha cumplido, y con cuánta perfección.

Desde el primer violín solista hasta el bombo — y no hay en estos extremos cuestión de jerarquía — han sufrido la avasalladora influencia de ese hombre. Pasando del conjunto de los arcos a tal o cual solista, dejando los instrumentos de madera para ir hasta los cobres o a los de batería, todo, absolutamente todo, está sometido a su voluntad omnímoda.

Pero, se pregunta uno, ¿qué papel juega en este sometimiento colectivo el carácter terrible, la irascibilidad de este artista, tan mentados a través de su larga carrera? Aun a riesgo de destruir una leyenda, hay que decir que no es a ello que responde la ciega obediencia que presta esa orquesta a su jefe. No es el temor lo que determina esa indestructible unidad de voluntades; y si temor hay, es algo parecido al temor de Dios, pues esos hombres que se despojan de su personalidad para expresar tan bellamente lo que él quiere, y como él lo quiere, parece que estuviesen allí congregados para cumplir un rito sagrado en el que han de poner su más profunda fe. Juraría que si se interrogase a cualquiera de sus músicos sobre la cosa más seria que ha hecho en su vida, en la respuesta encontraríamos el nombre del Maestro.

En las incomparables interpretaciones de Toscanini hay una soberana belleza tan cercana de la perfección que ante ella todas las voluntades quedan doblegadas para plegarse a la única que, en definitiva, debe imperar.

Es indudable que puede mucho más en el ánimo de sus músicos el gesto sereno y majestuoso, lleno de simplicidad, o la profunda mirada con que pide a un solista que le ayude a expresar todo su pensamiento, que los gritos destemplados que profiere en los ensayos ante la más mínima falla, y, si al esbozarse un pasaje tierno se dibuja en su cara aureolada por las canas, esa sonrisa inolvidable que hace toda bondad la dura e imperiosa mirada de un momento antes, la orquesta, a la par de él, se transfigura.

De inmediato llama la atención en sus interpretaciones el perfecto equilibrio que guardan todas las partes de la composición, y sobre todo la fundamental preocupación por el "Tempo", por la exacta verdad del *movimiento* que rige cada fragmento. Es que Toscanini es un clásico. Dominan en él la pureza de las líneas, el equilibrio sonoro y arquitectónico — aquí la colaboración con el autor, de que hablábamos — la claridad en la expresión, la idea del lógico desarrollo. Una profunda compenetración de cada página que aborda (1) y una intuición maravillosa se alían para descubrir el movimiento en que ha de reposar todo un tiempo de sinfonía, toda una obertura. Es indudable que el proceso ha sido doloroso, pues el fruto es muy bello. Pero una vez logrado, uno comprende que ya no lo quiera abandonar. Se tiene la impresión de que es imposible abandonarlo. ¡Cuántas veces hemos sentido, en el primer Allegro de la Heroica, vacilar el movimiento con la llegada del segundo tema en las maderas, animarse tan luego, jadear en el "fortísimo", henchirse de vida en seguida para estallar en la "reexposición", languidecer nuevamente, sufrir aún mil enfermizas alteraciones, que deforman y alargan — alargan, sí, a pesar de tanta pretendida variación — este formidable poema beethoveniano!

Los dos acordes iniciales, que tanto tardó en hallar el sordo heroico, han hecho sufrir también a este otro héroe que todo lo oye. La batuta como una espada, apuntando al suelo, algo hacia atrás, de pronto hiende los aires, rápidamente, retomando su primera posición. Esto dos veces, y el "tiempo" de la Heroica ha quedado fijado por dos acordes formidables, como dos hachazos. El tiempo justo, el tiempo único. A partir de ahí todo se encauzará en ese ritmo

---

(1) Antes de dirigir una obra, así sea la que mejor conoce, se sumerge en el estudio más escrupuloso de ella, diciendo: "Siempre descubro algo nuevo entre estas notas".

que es como una revelación. El hecho maravilloso reside en que no es demasiado vivo para tal motivo esencialmente melódico, ni demasiado lento para tal otro de índole rítmica, y que bastará el distinto carácter que imprimirá a cada cual, o la distinta fisonomía que alternativamente tomará un mismo tema, para alcanzar el máximo de expresión. Pero el “tempo”, — ¡ese “tempo” inolvidable de Toscanini! — no cambiará, *no podrá ya cambiar*.

Otra característica de sus interpretaciones es la preeminencia que concede a la línea melódica y la manera de dibujar su curva. No me refiero a frases o temas aislados, sino a la totalidad de la obra. Toscanini extrae de cada pasaje el sentido melódico creando con ello una línea ininterrumpida — como un horizonte — y el oyente, a pesar de la forma impecable en que surgen mil detalles de ejecución y de la transparencia que esa orquesta adquiere en cada plano, se siente guiado por aquella línea que ha de conducirle a través de toda la trama sinfónica por el sendero más seguro. Estamos ante un hermoso paisaje bellamente iluminado. Todo es claridad, colores, perfumes. Pero un resplandor, allá en el fondo, domina y atrae con fuerza invencible nuestra mirada.

Desde luego, es en la forma clásica donde encuentra el material más propicio a su genio interpretativo. Bach y todos los antiguos, Haydn, Mozart, Beethoven, el ya gran clásico Brahms: he ahí algunos nombres que irán siempre unidos al del Maestro. Y Wagner, cuya frase de “la melodía infinita” podría ser, en cierto sentido, el lema del gran italiano.

Quizá parezca ridícula esta afirmación: “Toscanini no tiene ademanes de director”. Pero es exacta. En efecto, ese largo repertorio de ademanes de que se provee todo director que se respeta, y que en muchos casos (v. g. Stokowsky) consiste en una serie de actitudes de una terrible teatralidad, es totalmente desconocido por este director. Apenas dos o tres ademanes característicos, y con ello y un simple marcar el compás le he oído todo Beethoven, mucho Brahms y mucho Wagner como no volveré a oírlo en mi vida.

Vuelvo a repetir, que, aparte de todo lo realmente inherente a la interpretación, hay en sus medios para obtenerla, en la “mise en œuvre” algo poco menos que imposible de analizar.

Porque siendo sus exigencias tan extremadas, y tropezando con mil dificultades para expresar verbalmente todo su pensamiento, el asombro se apodera del espectador de sus ensayos al advertir que, como por obra de encantamiento, en

pocos minutos todo se ha logrado. Hay allí un secreto: lo que pide, la técnica que exige se emplee en cada caso, su manera de equilibrar los planos sonoros, la organización dinámica, la calidad sonora de los diversos instrumentos, todas sus indicaciones, en fin, son de una precisión tan asombrosa, son tan exactamente lo necesario para solucionar el problema que se presenta, que hay que convenir en que además del profundo conocimiento de los misterios de la orquesta, este hombre prodigioso está dotado de una especie de sentido de adivinación. Allí no hay pruebas ni experiencias inútiles. Simultáneamente, casi con la dificultad que surge de la obra aparece en sus labios la palabra mágica que ha de conjurarla.

A veces, muy pocas veces, se produce el drama. La orquesta no le entiende, o no puede satisfacerlo. Drama interior del artista cuya quimera se estrella ante las limitaciones humanas. Los músicos asisten entonces a un doloroso espectáculo. Toscanini enmudece; su faz se transmuta. Abandona la varita que lo puede todo — casi todo — se sienta en el escalón del estrado, y, su blanca cabeza entre las manos, desesperado, permanece largos minutos en silencio.

El Maestro confiesa: hay pasajes cuya realización completa, la que vibra en su interior, no ha logrado nunca. No puede, quizá, lograrse... Pero como verdadero artista que es no abandona su sueño. Y espera, a los 70 años, poseer algún día todo el secreto...

*JUAN JOSE CASTRO*

## “CRIMEN A LAS 3”. UNA PELICULA DE VALORES DESIGUALES

Hay seres que han de actuar siempre en reacción o en polémica. Incapaces de un gesto que no haya sido provocado por el gesto de otro ser y de hacer surgir, independiente de las actitudes exteriores, una actitud arrancada a algo profundo dentro de ellos mismos.

Luis Saslavsky es uno de ellos, y su película hecha en reacción a las llamadas

“películas nacionales”, mejor dicho, a los defectos de las “películas nacionales”, incurre entonces en otros defectos absolutamente contrarios a los de éstas, pero si no igualmente graves, por lo menos de la misma intensidad. Su película no existe independientemente — ésta es su debilidad —. Existe en función de la “película nacional” (todos sabemos lo que este término significa). Existe en función polémica.

Desde las primeras escenas se ve el deseo de hacer algo absolutamente contrario a la “película nacional”. Donde ésta dice: blanco, Luis Saslavsky dice: negro, y donde dice: negro, Luis Saslavsky dice: blanco, o a veces colorado. Así entonces como una placa fotográfica se parece a la fotografía, es la fotografía misma, siendo absolutamente lo contrario, la producción de Luis Saslavsky, siendo absolutamente lo contrario de la “película nacional” acaba por parecersele.

En reacción al excesivo (falso o verdadero) color local de la “película nacional” — gauchos, chinas, compadritos, “minas” y cocaína — Luis Saslavsky sitúa la acción de su película en un país anodino, lo que desvitaliza sus personajes y su historia.

En reacción contra la teatralidad y amaneramiento de los intérpretes del cine nacional, Luis Saslavsky hace hablar a sus personajes con una contención que se convierte al poco tiempo en monotonía.

En reacción a los diálogos simplísimos, a la inexistencia absoluta de algo que pueda llamarse diálogos del cine nacional, Luis Saslavsky ha elegido un diálogo complicado lleno de intenciones y sub-intenciones, tan denso al final, que lo vuelca naturalmente en el teatro; así es, como huyendo del teatro por un lado, cae en él de pleno por el otro.

En reacción a la pobreza de argumento de la “película nacional” Luis Saslavsky ha elegido, no un argumento, sino cuatro, o cinco, o seis en una sola película. Como en esos almacenes norteamericanos en los que se puede comprar absolutamente todo — elementos románticos, trozos de comedias de salón, canciones populares, pedazos de música clásica, crímenes, intriga policial, etc. — pero como en los almacenes americanos, todo se torna barato.

En reacción a los decorados “realistas” del cinematógrafo nacional Luis Saslavsky ha ideado decorados “estilizados” y su película tiene por momentos aspectos de teatro de cámara, filmado.

Pero, felizmente para Luis Saslavsky, muchos elementos lo han traicionado

durante su trabajo. Apenas ha salido a filmar un exterior en el puerto de Buenos Aires, pese al cuidado que ha puesto en crear un puerto no identificable, el puerto y Buenos Aires, más fuertes que él, se han instalado allí, como un soplo de aire fresco en una pieza encerrada. Desde entonces aunque él no lo quiera, la acción transcurre en Buenos Aires, y cubre de ridículo ese extraordinario juicio oral, y ese extraordinario procedimiento judicial que hace decir con razón a los espectadores irónicos: "Esto no existe en Buenos Aires".

Por una imposición de índole comercial Luis Saslavsky tuvo que introducir un tango cantado en un cafetín. Esta escena accesoria, intercalada contra su voluntad, se convierte en el momento de más emoción del film. Uno de los pocos en esta película en que el espectador cree hallarse ante la vida misma. Poco importa lo trivial, lo gastado y lo artificioso que significa una mujer cantando junto a un piano en un cafetín, poco importa su terrible sabor a "película nacional", algo vital entra bruscamente en la película, algo vital que proviene seguramente de la autenticidad de esta escena, porque, pese a Luis Saslavsky, el tango es algo auténtico y sólo lo auténtico puede reproducir la vida misma.

Como el puerto, como el tango, también los intérpretes han traicionado a veces a Luis Saslavsky. Sin sospecharlo, entre palabras siempre medidas para no caer en la declamación, y actitudes siempre frenadas para no caer en lo teatral, han hallado por razones ajenas a la película, y gracias a una exteriorización física de su propia personalidad o de su propio problema, un camino directo al público. Cataruza, por algo innato, racial y profundamente popular que posee; María Nils, por su mirada suave, sus actitudes siempre vacilantes; Blanca de Castejón, por su lucha contra los gestos del "standard" americano.

Y finalmente el propio Luis Saslavsky se ha traicionado varias veces durante la filmación, olvidando algunos instantes de su actitud polémica, o subordinándola, felizmente, al deseo de captar una imagen o una entonación, ha realizado dos o tres momentos, logrados en su película. Fuera de esto a nadie puede sorprender que haya conseguido además algunos efectos fotográficos de buen gusto, algún interior decorativo, y cierto nivel superior.

*LUIS SASLAVSKY*

The first part of the paper is devoted to a general  
 consideration of the problem. It is shown that the  
 problem is equivalent to a problem in the theory  
 of differential equations. The second part of the  
 paper is devoted to a detailed study of the  
 problem. It is shown that the problem is  
 equivalent to a problem in the theory of  
 differential equations. The third part of the  
 paper is devoted to a detailed study of the  
 problem. It is shown that the problem is  
 equivalent to a problem in the theory of  
 differential equations. The fourth part of the  
 paper is devoted to a detailed study of the  
 problem. It is shown that the problem is  
 equivalent to a problem in the theory of  
 differential equations. The fifth part of the  
 paper is devoted to a detailed study of the  
 problem. It is shown that the problem is  
 equivalent to a problem in the theory of  
 differential equations. The sixth part of the  
 paper is devoted to a detailed study of the  
 problem. It is shown that the problem is  
 equivalent to a problem in the theory of  
 differential equations. The seventh part of the  
 paper is devoted to a detailed study of the  
 problem. It is shown that the problem is  
 equivalent to a problem in the theory of  
 differential equations. The eighth part of the  
 paper is devoted to a detailed study of the  
 problem. It is shown that the problem is  
 equivalent to a problem in the theory of  
 differential equations. The ninth part of the  
 paper is devoted to a detailed study of the  
 problem. It is shown that the problem is  
 equivalent to a problem in the theory of  
 differential equations. The tenth part of the  
 paper is devoted to a detailed study of the  
 problem. It is shown that the problem is  
 equivalent to a problem in the theory of  
 differential equations.

REFERENCES  
 [1] ...  
 [2] ...  
 [3] ...  
 [4] ...  
 [5] ...  
 [6] ...  
 [7] ...  
 [8] ...  
 [9] ...  
 [10] ...

# INDICE

	<u>Pág.</u>
Naturaleza y límite de la influencia de los escritores, por <i>Aldous Huxley</i> .....	7
La mujer y su expresión, por <i>Victoria Ocampo</i> .....	25
Momentum vitæ, por <i>Eduardo Mallea</i> .....	41
Alberdi precursor, por <i>Salvador de Madariaga</i> .....	48
6. — Libertad, democracia y paz .....	48
7. — La Sociedad-mundo .....	55
8. — La solidaridad .....	61
9. — El camino .....	69
10. — El estado-mundo .....	76
11. — Alberdi en la evolución histórica .....	83

## NOTAS

“El Delator”, por <i>Jorge Luis Borges</i> .....	90
René Crevel, por <i>Gervasio Guillot Muñoz</i> .....	92
El punto de vista de C. G. Jung y la “Realidad del alma”, por <i>Charles Baudouin</i> .....	97
Arturo Toscanini, por <i>Juan José Castro</i> .....	104
“Crimen a las 3”. Una película de valores desiguales, por <i>Luis Saslavsky</i> .....	109

*Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.*

*Todas las colaboraciones que no llevan al pie indicación alguna respecto al lugar de donde proceden, han sido escritas en Buenos Aires.*

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.*

# INDICE

ESTE UNDECIMO NUMERO DE SUR SE ACABO  
DE IMPRIMIR EN AGOSTO DE 1935, EN  
LOS TALLERES GRAFICOS DE LA  
IMPRESA LOPEZ, PERU 666,  
BUENOS AIRES

# ESPASA - CALPE, S. A.

ha publicado:

## *Historia General del Arte*

(SUMMA ARTIS)

por COSSIO - PIJOAN

● Han aparecido los seis primeros volúmenes de esta magnífica Historia, dirigida y redactada por los eminentes críticos de arte D. José Pijoan y D. Bartolomé B. Cossío. Cada volumen, lujosamente editado, contiene numerosas láminas en color y centenares de grabados en negro.

Precio de cada Volumen \$ 33.-

### OTRAS OBRAS DE INTERES

<i>Historia de la cultura griega</i> , por J. Burckhardt . . . . .	\$ 8.25
<i>Testimonios</i> , por Victoria Ocampo . . . . .	„ 6.60
<i>El hombre prehistórico</i> , por Hugo Obermaier . . . . .	„ 8.25
<i>El problema de la lengua en América</i> , por Amado Alonso . . . . .	„ 2.75
<i>El cristianismo y la lucha de clases</i> , por Nicolás Berdiaef . . . . .	„ 2.75
<i>La conquista de la civilización</i> , por J. H. Breasted . . . . .	„ 41.25

## Historia Universal

Dirigida por WALTER GOETZ

● Han aparecido ocho de los diez volúmenes de que constará esta monumental Historia, escrita por los más reputados especialistas alemanes. Cada volumen, lujosamente editado, contiene numerosas láminas en color y centenares de grabados en negro.

Precio de cada Volumen \$ 27.50



DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN

**ESPASA - CALPE, S. A.** - Tacuarí 328  
Buenos Aires

# Cuajada de La Martona

## Procedimiento Metchnickoff



Alimento para intelectuales y sedentarios en general

Combate las fermentaciones intestinales,  
los avances del artritismo  
y mejora las condiciones de la piel.

### OBRAS EDITADAS POR

## SUR

NOVELA:

CONTRAPUNTO,  
por Aldous HUXLEY  
CANGURO,  
por D. H. LAWRENCE  
LA VIRGEN Y EL GITANO,  
por D. H. LAWRENCE

*En prensa:*

LA CONDICION HUMANA,  
por André MALRAUX

POESIA:

ROMANCERO GITANO,  
por F. GARCIA LORCA

*En preparación:*

EL BUQUE,  
por Francisco Luis BERNARDEZ

ENSAYO:

SUPREMACIA DEL ALMA Y  
DE LA SANGRE,

por Victoria OCAMPO

CONOCIMIENTO Y EXPRESION  
DE LA ARGENTINA,

por Eduardo MALLEA

*En prensa:*

TIPOS PSICOLOGICOS,

por C. G. JUNG

BIOGRAFIA:

CRONICAS DE MI VIDA,

por Igor STRAWINSKY

●  
*Aparecerán próximamente obras de  
VIRGINIA WOOLF y JAMES JOYCE*

*En venta en todas las buenas librerías del país*

a

no  
el

R

T

BE  
A

CE

III